

Francis FRANKESKI

El Arte de Trabajar en Logia

Fundación Maria Deraismes

El Arte de Trabajar en Logia
Guía práctica y simbólica

Francis FRANKESKI

El Arte de Trabajar en Logia

Traducción
Pedro-José Vila Santos

Fundación Maria Deraismes

Reservados todos los derechos de reproducción
y traducción en español para todo el mundo.

©Fundación Maria Deraismes 2012
Calle Averroes, 5 - 28007 Madrid

ISBN papel: 978-84-938107-8-8
ISBN digital: 978-84-938107-9-5

Título original : *L'art de l'Officier en Loge* ©Editions de Midi, 2008

Prologo

Francis FRANKESKI,
o la poética del buen oficio

Es fácil encontrarse últimamente con una gran profusión de informaciones relacionadas con la masonería, a través de publicaciones, vídeos, páginas webs, blogs, etc. Entre ellas abundan los textos que hablan del trabajo en una logia, también sobre los distintos ritos y la práctica ritual. Paradójicamente, muchos están escritos por masones que no se caracterizan por asistir con frecuencia a su taller, otros que ya no los son e incluso por personas que no pertenecen a la masonería y que jamás han presenciado el desarrollo de una tenida.

Todos intentan desentrañar con mayor o menor fortuna el misterio que embarga a aquellos que comparten el trabajo en un taller masónico.

Relatar una emoción no es tarea fácil. En el caso que nos ocupa, para empezar hay que ser un iniciado, es decir una persona que pertenezca a la masonería, además debe estar comprometida con sus ideales, tener una sensibilidad especial y, cómo no, saber contarlo. Porque expresar un sentimiento profundo es casi tan difícil como describir un amanecer.

Francis Frankeski sorprende gratamente, transmite a través de hermosas palabras la sensación que compartimos dentro de una Logia, esa comunión equilibrada entre lo material y lo

espiritual que consigue trasladarnos a otro tiempo, en otro lugar. A través de un relato claro y concreto, de una manera notable, va introduciéndonos en el verdadero espíritu que debe presidir un buen trabajo masónico, capaz de crear entre sus miembros sólidos lazos de unión y forjando la cadena que los une a la vez que avanza en la construcción del templo de la humanidad.

Frankeski no se conforma con describir admirablemente el ánimo que nos distingue como iniciados, también cuenta con rigor, no desprovisto de elegancia, el buen uso de las herramientas necesarias para un buen trabajo: la escuadra, el compás, los malletes, el cincel, la plomada, la regla....

A través de ellas articula el proceso del trabajo de la logia, de los oficiales y de sus responsabilidades; el buen hacer en cada oficio, la importancia de las Obediencias, de los Ritos y la práctica correcta de los rituales, desvelando con la experiencia que da haberlo vivido, los matices más sutiles de la práctica de la masonería.

Pero también nos alerta de los peligros de la ambición personal, de las actitudes desprovistas de significado y de la falta de compromiso. Recalcando la importancia del trabajo en común a través del silencio, la fuerza de la palabra y el verdadero sentido de la fraternidad.

La logia es descrita como un microcosmos, símbolo y esquema del ser humano, donde cada una de sus facetas se ve reflejada en una acción, en un oficio, en una actitud.

Una particularidad de este libro es estar escrito por un miembro de Le Droit Humain, que practica sus rituales y ceremonias, y que ha aprendido el oficio en esta particular escuela de pensamiento. Muestra una manera de hacer propia de una orden con más de 110

años de existencia, nacida del ideal de nuestros fundadores: Maria Deraismes y Georges Martin, que combatieron con las ideas para lograr la igualdad entre los seres humanos sin distinción de raza, sexo o condición social, extendiendo a través de esa lucha una verdadera conciencia universal.

Este libro explica bien lo que hacemos y es bueno para todos nosotros; lo recomendaría especialmente a los maestros de las logias y a las personas que se acercan a la masonería .

Felicitaciones a la Fundacion Maria Deraismes por haber tomado la inteligente decisión de publicar libros escritos mayoritariamente por miembros de nuestra Orden y a Francis Frankeski por regalarnos un hermoso tiempo de lectura.

Antonio Ceruelo

Gran Maestre Adjunto de la O.M.M.I Le Droit Humain
Representante del Supremo Consejo Internacional Mixto
para la Federación Española

Preámbulo

El autor nos propone embarcarnos para realizar un viaje al interior de esta Sociedad Iniciática que es la Francmasonería, maravillosa mecánica terrestre, sistema coherente que gravita alrededor de la luz y que es portadora de los más altos valores humanos a través del estudio de su principal servidor y responsable en la logia conocido genéricamente como oficial. Si la logia mantiene siempre la unidad primordial, de la que el masón es el elemento principal, el titular de un oficio, por modesto que sea, está investido de una doble responsabilidad: cumplir con su parte en la administración de la logia y participar en la ceremonia sagrada por la que vivimos la enseñanza iniciática. Elevar su corazón espiritualmente, dar buen ejemplo, dinamizar la comunidad y ejecutar bien su oficio facilitarán, sin duda, el acceso al conocimiento de los contenidos operativos y a los fundamentos simbólicos e iniciáticos del oficio para el que ha sido elegido.

Tras describir el ambiente, analizaremos la naturaleza de los diferentes oficios de una logia masónica, sus beneficios, circunstancias y responsabilidades; descubriremos diversos aspectos de esos actores que son los oficiales, energía vital del taller, cuyo objetivo principal es llevar a cabo un buen trabajo, es decir, hacernos apreciar el mensaje masónico e impregnar nuestro interior con el fin de prepararnos mejor para comprender y vivir la vida, nuestra vida, en el exterior, entre esa humanidad con la que debemos sentirnos fraternos. En ello reside la razón de este libro, acceder al arte, a la forma, al símbolo y por tanto, a la armonía.

Introducción

*Ciertamente, dice Goethe en su Wether,
Si la montaña no se encontrase allí,
el camino será más cómodo y corto,
pero puesto que existe, habrá que subirla.*

Según la expresión habitual: uno la preside, tres la dirigen, cinco la iluminan, siete la hacen justa y perfecta. Hablamos de los oficiales de una logia masónica, su alma, su energía, su motor. Son quienes desarrollan los diferentes oficios y de su sinergia depende el avance del trabajo, la intensidad de la luz y el número de los obreros. En la obra, un trabajador en dificultades, un compañero cuyo aprendizaje haya sido descuidado, un maestro sin verdadera cualificación, o bien que haya accedido a él por razones equivocadas, serán las circunstancias que concurrirán para que se produzca el fracaso de un taller y por extensión el debilitamiento de la masonería. Es como practicar la alquimia al revés: el oro que nos ha sido entregado se transforma día tras día en plomo, trabajo de ignorancia y de perversión.

Viajar al centro de una sociedad iniciática no es como visitar un antiguo monumento que nos intriga por el mito que se mueve en su derredor y los atrayentes misterios que nos hacen soñar. Correctamente entendido, el camino masónico no tiene nada que ver con un juego de rol para adultos, menos aún una afición, un pasatiempo, tampoco podemos considerarlo como un espacio de influencia.

Su perfecto conocimiento, supone por el contrario iniciar un

camino difícil. Aceptar llevar a cabo un largo viaje hacia el interior de uno mismo, hundirse en el abismo, ser capaz de enfrentarnos a nosotros mismos sin complacencia y tener la esperanza de encontrar el valor de aceptarnos tal como somos y la fuerza para empezar a cambiarnos.

No seamos impacientes a la hora de afrontar este viaje en el que acechan múltiples peligros, en realidad debe hacerse lentamente, muy lentamente.

Cuando avancemos lo haremos con atención y perseverancia, no sabremos exactamente hacia dónde vamos, ni cual será la duración del viaje. Ignoramos cuando encontraremos la puerta del laberinto, si tendremos la voluntad de entrar, menos aún cuando podremos regresar, también desconocemos que minotauros o cancerberos estarán a la espera.

Nuestra esperanza y la fe de francmasón serán quienes nos guiarán para ver algún día la gran luz al final del túnel, y si ese día llega, habremos obtenido la más bella de las victorias: sobre nosotros mismos.

Como único equipaje contaremos con nuestra (buena) voluntad, que será puesta a prueba regularmente, y nuestra comprensión. Ambas necesitaremos en grado sumo.

Imitemos a Dédalo cuando nos sintamos como él prisioneros y no veamos la solución aparente ante nosotros “Que nuestras miradas se vuelvan hacia la luz...” esta imagen de Dédalo, del laberinto y de la luz se encuentra maravillosamente ilustrada en la catedral de Chartres.

Profundizar en el simbolismo masónico, comprender mejor las pruebas iniciáticas y las dificultades de la existencia, he ahí la vía que se nos propone, a fin de ofrecer lo mejor de nosotros mismos a quienes nos rodean y volvernos más humanos.

Por tanto, no será efectivo abordar este texto únicamente desde un punto de vista intelectual, o tratar de leer oblicuamente para

ganar tiempo, algo que hacemos habitualmente. Debemos ir al corazón de las palabras, allá donde residen los misterios. Descubramos.

Nuestros tres primeros pasos serán los primeros hacia el conocimiento.

El lector habrá deducido por sí mismo que deseamos considerar a la francmasonería en su inicial definición como una escuela del conocimiento de uno mismo.... y de los otros; que busca nuestra mejora espiritual, para nuestro mayor beneficio y el de la humanidad, en la más amplia libertad.

Algunos miembros de esta noble asamblea lo ven como un lugar de refugio en el que poner remedio a su soledad, otros aprecian la oportunidad de acceder a determinadas relaciones, para otros se trata del lugar en el que mitigar su sed de poder que la vida profana se niega a proporcionarles. También encontramos hermanas y hermanos que creen en la evolución en un espacio administrativo en cuyo seno la antigüedad y las afinidades son una garantía de avance rápido y el grado el símbolo visible de una superioridad que permite ejercer la autoridad.

Tengamos para ellos la mayor compasión, no culpemos a nadie, tratemos, si es posible, de mostrarles las perlas que pisotean mientras se pelean por recoger algunos cardos.

Esperemos. Esperemos, Siempre.

Estado de la cuestión

Según el aforismo atribuido a Epícteto “... nada en teoría nos impide seguir las enseñanzas que se nos dan pero en la vida debemos prescindir de muchas cosas”.

Un somero análisis de cómo usamos el tiempo nos hará constatar que a la práctica masónica dedicamos solamente algunas horas al mes, los hábitos, las reflexiones y las actitudes inapropiadas consumen el resto del tiempo.

Si añadimos una fuerte presión social y los valores de los que metódicamente se hace alarde en este principio del milenio, se comprenderá que el combate entre ser y el estar será una prueba continua.

De ahí la necesidad de una práctica seria y regular que nos ayude a proporcionar sentido a nuestro caminar. Deberemos abrir una reflexión casi permanente sobre aquellas debilidades toleradas y ahora totalmente admitidas, mucho antes de que hayamos pensado en llamar a la puerta del templo.

La de Epícteto es una moral que trasciende a uno, no ignoremos este imperativo categórico de todo avance en busca de más luz.

Una sociedad iniciática

La sociedad masónica es pretendidamente una sociedad iniciática y ambos términos han sido intercambiables a lo largo del tiempo. Un amigo, un libro, una emisión de radio, la casualidad nos han puesto sobre la pista.

Pero oír hablar de una sociedad iniciática no significa que se sea apto y se pueda acceder a ella.

Ser aceptado en una sociedad masónica no significa que se esté preparado para recibir sus enseñanzas.

Recibir una enseñanza no implica entender la verdad. Comprender la verdad de una enseñanza no supone ser capaz de ponerla en práctica.

La puesta en práctica de lo aprendido no garantiza tener éxito. Tener éxito no significa ser capaz de perseverar. Perseverar no entraña haber integrado la enseñanza hasta el punto de que esta llegue a formar parte indisoluble de nuestra personalidad.

Haber integrado una enseñanza no significa que se esté dispuesto para la etapa siguiente... transmitir el ejemplo.

Algunas hermanas y hermanos que frecuentan los templos habitualmente se paran en las sentencias que a menudo decoran sus frontispicios: “conócete a ti mismo”, “nadie entre aquí si no es un geómetra” o el menos conocido “escato bebeloi”: atrás los profanos.

Pequeños pasos nos permiten traspasar este mediodía la puerta de una sociedad iniciática trasmitiéndonos una sensación de profundidad.

No se trata de un acto rutinario, sino un evento al que cada vez se concede más importancia.

Estos hermanos y estas hermanas son plenamente conscientes de haber dejado tras ellos un mundo, el mundo profano.

Se les despoja minuciosamente de sus metales, tras haber verificado que todo el rumor del mundo se ha extinguido en ellos. Algunos se interesan por las decoraciones, las máximas un poco anticuadas, similares a las que nos encontramos en lugares arqueológicos. Otros no las consideran con más interés que aquellas otras inscripciones grabadas sobre los bajorrelieves parcialmente destruidos que prácticamente ninguna persona a nuestro alrededor se encuentra en condiciones de descifrar, aún menos de comprender.

Los hermanos y hermanas que son auténticos masones, no vestirán nunca sus mandiles de aprendiz, compañero o maestro como autómatas que repiten sus gestos mecánicamente. No introducirán sus manos en los guantes blancos sin impregnarse del sentido profundo que estos gestos repetidos frecuentemente comportan, y que les comprometen.

Vestir los guantes, collares y mandiles no es otra cosa que comunicar a sus hermanos y hermanas que «estoy presente, dispuesto al trabajo y a la fraternidad».

Geómetra, aficionado a dar la justa proporción a sus actos y a sus palabras, incansable agrimensor del mundo para el bien de la humanidad, viajero hacia el interior que ha franqueado y vencido las tinieblas, sus tinieblas, rechaza cualquier vanidad para conseguir ser quien es y franquear la puerta baja con la cabeza en alto.

Nuestra recompensa será alcanzar la victoria o cuando menos haber puesto en ello nuestro máximo esfuerzo, para conseguir estos ideales deberemos trabajar, a partir de ahora, incansablemente.

Situación compleja. Afortunadamente, quien está realmente en el camino encontrará siempre a una parte de sus compañeros de fortuna que le asistirán y respetarán.

Descartes nos muestra en el método, inspirado en el espíritu de la geometría, desarrollado en su obra los tres puntos para adquirir la sabiduría:

Primer punto: servirse lo mejor posible de nuestro espíritu, y en consecuencia trabajar sin descanso para aumentar las luces de su razón.

Segundo punto: manifestar una voluntad constante y aferrarse a ella.

Tercer punto: no desear aquello que está fuera de nuestro alcance, es decir cambiar nuestros deseos más bien que tratar de cambiar el mundo.

El camino iniciático

*Estrecha es la puerta y estrecho el camino
que lleva a la vida
y son pocos los que lo encuentran.*
(atribuido a San Mateo)

Aquello que llamamos sociedad iniciática no es más que el camino sobre el cual cada uno trata de aventurarse. Este famoso camino iniciático en cuya línea de salida encontramos numerosos candidatos, se ve rápidamente vaciado tras la primera curva. La multitud desaparece muy de prisa, demasiado rápido. Algunos pasos más y constatamos que nos encontramos solos.

El camino se transforma rápidamente en sendero estrecho, en ocasiones difícil de seguir; suponemos que es por donde pasaron algunos de los que nos precedieron y que de algún modo permanecen.

Nuestros ojos escrutan febrilmente el horizonte y la noche terminando a lo lejos, tratando de percibir algún brillo, ver una silueta, esperando en nuestro fuero interno encontrar un compañero de camino.

El camino al que nos lanzamos llenos de energía, en ocasiones se pierde debajo de nuestros pies. En ocasiones lo perdemos, hasta el punto de volver una y otra vez al mismo lugar. Algunos no irán más lejos.

En ocasiones todo se ilumina, un destello de conocimiento, o bien una palabra que entendemos, al fin, nos muestra el camino. Avanzamos.

A veces nos encontramos a alguna otra persona que nos alcanza

mientras que descansábamos puerilmente sobre nuestros laureles, o bien nos unimos al que hace una pausa, porque la pendiente se convierte bruscamente en más pronunciada, y necesita, necesariamente, el reposo.

Nos alegramos al encontrarnos con quienes comparten los mismos sueños, siguen la misma estrella, y hacemos una parte del camino juntos, unidos durante un instante encarando las mismas pruebas, contentos, sintiendo lo mismo, compartiendo alegrías.

Estos momentos son preciosos aunque poco frecuentes y fugaces, muchas veces acortados repentinamente por la vida misma o el azar y las dificultades del camino, en otras ocasiones, algo más tarde, por nuestra fatiga, nuestra falta de preparación.

¿Podría ser también que nos detuviesen el desánimo, o la desesperanza de otro por el que nada podemos hacer?

La separación es ineludible, somos conscientes de las numerosas razones que lo hacen incontrolable.

Entonces, cuando llega este momento, nos apoyamos un poco más sobre el bastón para darnos fuerza limpiando nuestras lágrimas, o quizás veamos cómo otro se las limpia dulcemente, silenciosamente, para no hacernos daño, puesto que él ha presentido que a nosotros nos queda bastante tiempo delante de la esfinge antes de encontrar la respuesta y poder ir más lejos, o permanecer allí para siempre.

Entonces, con un abrazo fraternal nos diremos adiós bajo las estrellas.

La famosa esfinge quien Edipo desconcertó, como nos cuenta la leyenda, la encontramos en el cruce de los caminos. Y de la respuesta correcta a su pregunta depende nuestra supervivencia simbólica. Todo el mundo conoce ya la respuesta correcta, pero debemos comprender que la pregunta no tiene importancia puesto que es forzosamente múltiple y únicamente debemos prestar atención a la respuesta. Cuando nos encontramos en una encrucijada, nuestra única salvación se encuentra en el hombre,

es decir lo humano, la humanidad que está en nosotros y que debemos descubrir para encontrar el camino e... «ir más lejos».

La pérdida del sentido

*La sal es buena,
pero si la sal se vuelve insípida,
¿ con qué la sazonaréis ?
Tened sal en vosotros y estad en paz los unos con los otros.
(Marcos 9-50)*

La palabra sociedad procede del latín socius que significa compañero, asociado, de esta proviene societas, cuyo último significado es comunidad y señala un bien común a preservar y hacer fructificar según el orden natural de las cosas.

Se puede constatar que con el paso del tiempo y la pérdida del sentido de las cosas, las interpretaciones terminan por presentar contornos desvaídos que nos alejan progresivamente de este orden natural y llegan a no ajustarse correctamente a las definiciones.

Esta pérdida de sentido, de conocimiento, es el principio de desórdenes más graves, puesto que la construcción basada en un plan incierto no puede conducir más que al desastre que producirá inevitablemente, tarde o temprano, el hundimiento y el colapso.

Como el árbol que amplía su territorio creciendo entre los muros caídos de una mansión en ruinas, el mundo profano y sus tinieblas acechan siempre, discretamente, esperando su momento y los primeros desfallecimientos. Por tanto, cuando aparezca cual frágil arbusto, deberá ser arrancado sin demasiada dificultad ya que, una vez haya crecido y dado sus frutos, el sufrimiento que nos producirá hacerlo será mucho mayor.

Esto nos aleja evidentemente de nuestro ideal de construcción, el Arte Real, así como del arte simplemente, caeremos en una mala copia, en la reproducción mecánica sin conocimiento ni conciencia real, por no decir en la falsificación, muy lejos del trabajo y de la creación auténticos.

El creciente malestar que parece asentarse entre los masones y la masonería en este inicio del milenio puede tener origen en lo que un observador no demasiado atento puede identificar sin demasiada dificultad.

Iniciación, palabra profanada en ocasiones, a menudo despreciada incluso por los masones, nos enseña que la masonería nos ha entreabierto la puerta de los misterios, de un conocimiento cerrado y de muy difícil acceso. Solamente por esto deberíamos prepararnos para tener más paciencia. Pitágoras viajó a Egipto para recibir las enseñanzas de los sacerdotes de Dióspolis Magna e impregnarse de la doctrina de la resurrección de Osiris, lo que le llevó, se dice, 22 años.

Estos únicos calificativos deberían igualmente impulsarnos hacia la mayor humildad, la máxima sed de aprendizaje, el más intenso deseo de dar algunos pasos hacia la luz y convertirnos en mejores personas. Cada paso nos aproxima a la verdadera alegría y seguramente llamará a otros. Coraje.

Vamos a necesitar también resistencia, porque no solamente vamos a conocer o sentir, sino por encima de todo: Llegar

El gran deseo

Los masones proclaman esencialmente que trabajan en logia a la gloria del “Gran Arquitecto del Universo” o “Al Progreso de la Humanidad”.

En ocasiones se eligen ambas, otras veces las propias obediencias privilegian el uso de una de ellas, o las propias logias, cuando tienen oportunidad, escogen bajo que advocación trabajar.

Históricamente el Gran Arquitecto ha tenido la primacía y se puede comprender cuáles fueron las razones.

Esto plantea hoy en día el problema de la verdad revelada y de forma simultánea su búsqueda, lo que nos lleva a preguntarnos sobre nuestra capacidad de tolerancia, la apertura a la diferencia, sin duda se trata de algo que puede constituir un excelente motor para la reflexión.

El Progreso de la Humanidad es preferido por los ateos, agnósticos y otros no creyentes que sin embargo son conscientes de que ninguna barrera debe ser levantada entre dos masones sin haber evaluado rigurosamente su oportunidad.

Todo aquello que ayuda a vivir a un hermano o una hermana, aquí o en un lejano país merece nuestra consideración, aunque preferamos por nuestra parte admirar :

La Gran Arquitectura del Universo.

Cualquiera que sea nuestra elección, y con la modestia que debe presidir nuestros pensamientos y nuestros actos, tratemos de ver o programar estos últimos a través del prisma que nos lleve a una elevación progresiva de nuestro nivel de conocimiento y en consecuencia de consciencia.

El espacio y el tiempo

El geómetra debe ser capaz de valorar el espacio operativo y de avanzar con prudencia en el trabajo especulativo, adquirir la cultura de las herramientas y cultivar el estudio, la evaluación justa, el sentido de lo preciso, así como la rectificación cuando sea necesaria.

Su campo de acción tiene por límite el mundo, pero afortunadamente la masonería le ofrece un lugar de experimentación y un campo de pruebas más práctico: la logia.

El Geómetra y con mayor razón el arquitecto de uno mismo trabaja aquí y ahora, es decir, sabe que su obra no admite demoras. Debe considerar la longitud del camino, la duración de su trabajo, así como conseguir las mejores condiciones para tener éxito.

El arquitecto proyecta y construye un edificio que seguramente les sobrevivirá.

Piensa en mañana, y en pasado mañana, su salario es también la satisfacción por haber hecho una obra útil y bella. Habrá construido y transmitido, permitiendo que esta cadena intemporal se prolongue.

Nosotros únicamente hacemos labores de siembra, la recolección la hará la generación siguiente...

La logia : espacio sagrado

En la Gran Arquitectura masónica la logia representa la unidad de base en todas partes, es el lugar de reunión y donde los símbolos cobran sentido. Como dice la tradición se trata de un cuadrado largo que ha sido consagrado por los depositarios de la tradición masónica, o sus mandatarios, en una ceremonia generalmente llamada « encendido de luces ».

Es un edificio que invita a la quietud, iluminado (mira al oriente) y sugiere el viaje iniciático puesto que está abierto bajo la bóveda celeste, símbolo de aspiración, crecimiento espiritual hacia lo sagrado.

Su símbolo puede ser la granada, también el crisol de los alquimistas, puesto que es en principio el lugar de las transformaciones y de la unidad en la diversidad.

Se trata de un lugar tres veces sagrado. En primer lugar por venir de una tradición («somos los guardianes de un antiquísimo secreto»), después porque está reservado a los iniciados, finalmente por estar dedicado a los más altos valores del espíritu. Los hermanos y hermanas sitúan según sus grados de conocimiento, esta disciplina física viene a reflejar su disciplina espiritual.

No siempre se encuentran vueltos hacia el oriente como lugar de culto del que recibir una verdad revelada, lo hacen de cara al centro, lugar donde los conceptos se relacionan, donde se organiza el pensamiento y la vida de la logia que se debe inventar cada día.

El eje del mundo masónico pasa por este centro, por el medio de la logia: del pavimento mosaico y sus manifestaciones efímeras, hasta la estrella polar, colocada arriba. El mensaje es claro: si el

mundo profano nos abate y nos hace perder nuestros puntos de referencia, la espiritualidad puede ayudarnos a dar sentido a nuestra vida y encontrar valores estructurales y constructivos.

Consideremos la arquitectura de la iglesia románica, por ejemplo: los muros formando una escuadra con el cuadrado largo del suelo que comprimen y se elevan para prolongarse en un arco perfecto trazado con ayuda del compás. Pasar de la escuadra al compás es elevarse en la espiritualidad.

Los constructores terminan todas sus obras coronándolas con una cúpula de la que surge la luz, proponiéndonos la misma reflexión sobre la arquitectura misma.

El templo espacio de reflexión

«Aquí todo es símbolo» y a continuación podremos agregar todo lo que queramos. El templo es un cuadrado largo que supuestamente representa en sus proporciones la armonía que debe reinar entre todos. Cubierto de azul, que sigue siendo sinónimo del progreso posible al mismo tiempo que medida de toda acción humana. El ternario se encuentra por todas partes, forman triadas, por ejemplo quienes llevan espadas, en triangulaciones diversas se dispone la realización de funciones administrativas, económicas, iniciáticas, etc., nuestra percepción únicamente pone un límite a las relaciones visibles o invisibles entre los objetos, los miembros de la logia o incluso los oficiales, de manera permanente u ocasional al grado de desarrollo del ritual.

Todo lo que existe delante de nuestros ojos tiene una función y debe conducir a que nos interroguemos. Nada se deja al azar, por ejemplo la cuerda de nudos que cuelga sobre las paredes, formando lo que los masones tienen la costumbre de llamar lazos de amor. Éste instrumento de medida de los constructores sirve simbólicamente para delimitar y también sacralizar un lugar de la manera más simple, creando de esta manera un adentro y un afuera. Esta cuerda, hoy en día, nos invita a la unión de quienes pertenecen al mismo lugar y al mismo ideal.

¿Por qué un ara de trabajo entre nosotros y la luz del delta? ¿Por qué las columnas no sostienen más que granadas? ¿Por qué entramos por una puerta baja meramente simbólica...?

Todo esto que aparece ante nuestros ojos debe invitarnos a la imitación consciente o a la reflexión más serena, y un oficial en apuros adivinado por algunos movimientos que se pueden

advertir en las columnas nos dirá si aún nos encontramos en el mundo profano, o si la logia avanza al unísono.

Los pilares del templo

«Que la sabiduría presida la construcción de este edificio, que la fuerza lo sostenga, que la belleza lo adorne» nos proponen en ocasiones los rituales de apertura de los trabajos, sobre todo los del rito escocés antiguo y aceptado, cuando el venerable maestro y los dos vigilantes encienden las luces, en ese momento especial denominado iluminación del templo.

En ocasiones es el Gran Experto quien oficia, lo que da aún más carga simbólica a su función.

Los pilares que soportan las estrellas de la fuerza, de la sabiduría y de la belleza están dispuestos en el centro del templo, como sus valores deberían estar en el corazón de una vida masónica equilibrada. Forman una escuadra que se une a las otras dos, la que se encuentra sobre el compás y la suspendida del collar del venerable. Debe ser asociada en nuestros pensamientos al pavimento mosaico símbolo de los opuestos a equilibrar si no podemos unificarlos.

No son cuatro puesto que cerrarían el juego simbólico y pondrían límites allá donde no pueden existir, pues eso nos llevaría a deslizarnos rápidamente hacia el dogmatismo unificador.

Están tradicionalmente decorados por los tres órdenes arquitectónicos que encontramos en la antigua Grecia y que han definido el estilo griego, de la misma manera que la trilogía sabiduría-fuerza-belleza puede definir la construcción del templo masónico.

Los trabajos son abiertos por las tres luces, especialmente por las palabras citadas más arriba.

Un edificio se construye con la ciencia y la consciencia, la fuerza se muestra por los medios utilizados y la energía del trabajo, la

belleza expresa siempre la acción justa y perfecta.

¿Qué sería la sabiduría sin la fuerza? Un indicio. ¿Qué sería la fuerza sin sabiduría? Una tiranía. ¿Qué sería la sabiduría sin belleza? Un valor sin contrastar. ¿Qué sería la belleza sin sabiduría? Un veneno. ¿Qué sería la fuerza sin belleza? Brutalidad. ¿Qué sería la belleza sin fuerza? Precariedad

Con la alianza de la sabiduría, la fuerza y la belleza la masonería nos muestra su imagen de la perfección que debemos buscar.

El pavimento

Lo encontramos en el centro del templo como el que recubre todo el suelo en numerosas iglesias. En ocasiones existe el dibujo de un laberinto para reforzar el símbolo de la dificultad de estar en este mundo de profundos contrastes ilustrados por las dos extremidades de la paleta, el blanco y el negro. Algunos moralistas quisieron ver la imagen del líder moral, de la sombra y de la luz; otros, todos los matices del binario; en fin, los positivistas el campo de las posibilidades.

La gran brecha que se puede constatar en la distancia que separa las dos tonalidades es un poco el símbolo del masón puesto en el centro de la logia con su realidad de todos los días, tan lejos, a veces, de sus aspiraciones.

El cuadro de logia representa la decoración completa de la logia (antaño utilizado por ejemplo, por los soldados en sus desplazamientos), es desplegado en nuestros talleres al comienzo de los trabajos sobre el pavimento mosaico, indicándonos de esta manera que debemos pasar del «caos al orden». Más tarde, replegado, nos invitará a volver hacia el caos profano armados del orden, del método interiorizado durante la tenida.

Los colores del pavimento, un pintor hablará de sus valores, dobles y opuestos. Se compararán necesariamente con el azul único del cielo que nos domina. Una vez más, los problemas aquí abajo serán transformados por la elevación hacia la espiritualidad para encontrar la paz interior.

Tradicionalmente, está rigurosamente prohibido poner el pie sobre el pavimento mosaico. El recorrido del masón en logia y en su vida profana debe hacerse mediante la toma de distancia de los contrarios, a quienes tratará siempre de identificar en su

camino y equilibrarlos si ello fuese posible. El masón no es un hombre de oposición, de antagonismo ni de discordia. Esta es la razón por la que no puede andar sobre el pavimento.

Reunir lo que está separado, acercar, balancear los puntos de vista, nada es verdaderamente blanco o negro en la naturaleza, pero saber siempre trabajar, y sobre todo creer (es decir «ir más lejos») para evitar la comodidad de terminar por pintarlo todo... de gris.

El tiempo

Los tiempos masónicos no son en absoluto comparables a los marcados por la esfera del reloj. No está basado en la rotación de nuestro planeta ni medido por la física atómica. Se acostumbra a decir que el masón, en el templo, se haya fuera del espacio y del tiempo. Su espacio es normalmente muy ordenado, sus referencias solares han sido modificadas. Incluso su edad es puesta simbólicamente en cuestión, muerte y renacimiento se suceden, necesitará tiempo para tomar conciencia del verdadero valor del tiempo. La cuestión es la misma en el mundo masónico y el mundo profano, se trata del empleo del tiempo.

Múltiples son las posibilidades para distribuirlo. Tiempo para uno, para el trabajo, para la familia, el ocio, la vida, la solución de sus problemas.

Tiempo consagrado a los otros por el placer de estar con ellos y ayudarles, compartir, tratar de vivir en un proyecto común. Tiempo ganado o perdido, que se recupera o no, todos recorreremos todas las etapas.

Hoy en día, como masones, ¿ Trabajamos a tiempo completo, a media jornada, nos marcamos un tiempo de descanso, se nos hace el tiempo largo, las tenidas son momentos importantes en nuestra vida o las tomamos como un momento de descanso?

La duración de la oficialía en logia azul es tradicionalmente de un año aunque normalmente se renueva, incluso más allá de los tres años simbólicos.

El tiempo es una mercancía rara que no llegamos a dominar jamás totalmente, no lo perdamos y actuemos.

Los rituales nos dicen que los trabajos están abiertos simbólicamente al mediodía y se terminan a la medianoche.

El sol alcanza su cenit a mediodía, he aquí una posible explicación: el hombre, normalmente, no es útil a sus semejantes hasta que llega a la mitad de su vida, habiendo librado todas las batallas necesarias y encontrado la paz. A partir de este momento no se replegará sobre sí mismo sino que se volverá hacia sus semejantes; el masón podrá trabajar sin respiro «al progreso de la humanidad», «a la gloria del gran arquitecto del universo» o a cualquier otra noble causa elegida por él hasta su último suspiro. Después de medianoche, vendrá otro día que nunca será nuestro.

La instalación del colegio

*P*ara un masón, la instalación del colegio de oficiales en su logia azul es un momento especial en el que vivir una experiencia con valor simbólico: el del paso, del examen, de la transmisión. Es una experiencia común a todos, compartida, pero vivida de forma diferente por cada uno, de ese tiempo que nos ha sido concedido y que un día pone, ha puesto, o pondrá fin al trabajo, para aquellos que dejan su cargo.

Este momento será vivido de forma totalmente diferente por quienes les van a reemplazar, puesto que para ellos es el momento en el que el trabajo va a comenzar realmente como un corolario de la sucesión y de la continuidad de la obra.

Esto sucederá, por supuesto, en alguna parte del mundo esta noche, en alguna logia masónica, alrededor de la media noche, por tanto ahora.

En este minuto preciso los hermanos y las hermanas, unidos en la cadena de unión en cualquier país por muy aislado que esté, desearán lo mejor, la felicidad, el amor y la paz, para sus hermanos y hermanas, la humanidad, repartida por los dos hemisferios, en una tarea a la que se comprometerán.

Masones, nosotros no estamos nunca solos gracias al pensamiento. Humanos, tengamos siempre presente el espíritu, nuestra unión en los actos de nuestra vida.

Venerable maestro, por tomar como ejemplo el más emblemático de los oficios, es una función limitada en el tiempo y no un título ad vitam.

Tras la ceremonia, el primero de los oficiales se separa de todos sus atributos: collar, malleto, espada flamígera. De este modo se convierte, como el cónsul romano separado de su arado para

ir a la guerra y volver a su casa una vez cumplida la misión, en un simple soldado de la Francmasonería enriquecido por la experiencia.

La francmasonería es una imagen de la vida, se nos da un cierto tiempo, para aprender, para llevar a término un trabajo y pasar después el relevo a aquellos que serán investidos de responsabilidades semejantes. Esta responsabilidades, en la familia, en el mundo del trabajo, en tanto que ciudadanos, podemos posponerlas, incluso evitarlas, será nuestra elección aunque nunca serán cosas sin importancia.

El trabajo que tenemos previsto llevar a cabo no se ha terminado, los proyectos han sido iniciados, los planos realizados, los aumentos de salarios atendidos, incluso nos arrepentiremos de no haber trabajado con tal o cual.

«No hay tiempo suficiente» nos decimos a menudo con el fin de justificarnos, pero sabemos que el tiempo nunca es suficiente para nada, aún menos en masonería que en el mundo profano.

Incluso si no se puede hacer todo y si orden y caos se suceden con todos los matices posibles, habríamos podido, sin duda, ir más lejos con algo más de disciplina o de empuje.

Cuántas veces hemos visto al maestro de ceremonias recorrer el templo de acuerdo con los ritmos cósmicos, siguiendo el curso aparente del sol, igual que en el mundo profano el reloj que llevamos en la muñeca, sin haber comprendido la invitación para, del mismo modo poner nuestra vida en armonía, es decir a solucionar los problemas a los que nos entregamos sin cesar y que ocupan tanto de nuestro escaso tiempo, y tanta energía.

Es inútil profundizar en lo que cada uno conoce bien, o se debe descubrir lo más rápidamente posible

En efecto, es de la máxima urgencia pulir estas aristas vivas, porque cuanto más esperemos, por pereza intelectual o moral, más fuerza y energía deberemos dedicar para levantar la barrera liberadora.

Entretanto sufriremos, nuestros contemporáneos también.
Para ganar este combate necesitaremos una vida entera.
Por lo tanto comencemos ahora mismo.

Durante un momento, el futuro venerable y todos los nuevos miembros del colegio de oficiales, a veces con impaciencia, a veces con emoción, siempre con rigor y voluntad de hacerlo bien, se preparan para ser investidos de la misión para la cual han sido elegidos. Se espera que sean humildes ante la carrera que va a comenzar y estén dispuestos a trabajar, ante todo, por el bien de la logia.

Se hacen cargo de su puesto aquí y ahora, sucediendo a esa cohorte innumerable de masones que anteriormente han recorrido del norte al sur y del este al oeste la obra iniciática, creándola, haciéndola, defendiéndola, incluso con riesgo de su propia vida, siendo obligados a entregar sus herramientas.

Si la masonería existe hoy en día, si existe la logia y puede reunirse, es gracias a los esfuerzos de nuestros antecesores; si continúa, es por el compromiso de quienes hoy les suceden en el cargo.

Los collares se cambian, las herramientas pasan de mano en mano, se intercambian abrazos fraternales de agradecimiento y de ánimo.

El ritual sigue.

El colegio: un equipo

Haciendo uso de una terminología deportiva que aquí adquiere todo su sentido, «el equipo» del colegio de oficiales una vez instalado asume de inmediato su responsabilidad.

Efectivamente el primer templo a construir si exceptuamos el propio que sabemos que nos llevará mucho tiempo, y el de la misma humanidad que construimos y reconstruimos permanentemente, es el del colegio de oficiales, y su construcción no deberá posponerse. De la sinergia de sus miembros (conjunto de miembros = col legare), de la asunción de las responsabilidades inherentes, dependerá la consecución del trabajo iniciado y la dinámica de la logia.

Por finalizar con la terminología deportiva, cualquier relevo incorrecto, todo comienzo retrasado, todo desconocimiento del espíritu de equipo y de las reglas que deben seguirse, por no decir respetar, serán perjudiciales.

El mecanismo del colegio es comparable al de un reloj que únicamente percibimos cuando se abre y observamos que está constituido por una multitud de pequeños elementos de los que el fallo de uno solo será suficiente para bloquear el conjunto.

El oficial

¿Maestro, quienes son tus maestros?

El oficial, un maestro, no es simplemente un masón que cumple un oficio y presta servicio a la logia. Es un hermano o una hermana que, durante un tiempo determinado, es encargado por aquella de una función que debe permitirle ir más lejos en el conocimiento de sí mismo y de los otros. Y atendiendo a todo el valor simbólico de su cargo comprenderá que no se encuentra allí necesariamente por casualidad, a aprovechar la ocasión que brinda esta experiencia puede ser única y beneficiosa.

El cargo de oficial no crea en ningún caso una jerarquía en el grupo de maestros, simplemente aumenta la responsabilidad de quien se compromete a servir al taller.

No puede y no debe esperar como recompensa más que la satisfacción del trabajo realizado.

¿Todos los oficiales sabrán comprender estas líneas y compartirlas? La experiencia nos obliga a ponerlo en duda. Pero no es descabellado esperar que bastantes sabrán evitar este defecto lamentable, constatado cada día, de considerar la francmasonería como lugar de búsqueda de poder, mientras que desde un punto de vista iniciático no se puede entender más que como un lugar de búsqueda de la armonía. Recordemos la frase de Emmanuel Kant:

«No nos tratemos jamás como un medio sino como un fin».

Amemos pues a los otros y sepamos no ponernos delante.

A Nietzsche y su deseo de poder profano, muy bien descrito por su superhombre egoísta, orgulloso y solitario, el iniciado debe

sustituírle progresivamente por Platón y su deseo de armonía. Ahí se encuentra la clave de una vida masónica desarrollada.

Buscar hacer el bien en todas sus formas, hasta preferir «sufrir antes una injusticia que provocarla», y preocupándose de «aquello que es más honorable de conocer y más vergonzoso de ignorar: la felicidad».

Escuchemos ahora una voz venida de la antigüedad: la de Pitágoras, que nos revela que «... todo es número, el alimento, la armonía, la medida en tu vida y la posibilidad de mejorar... ¿Cómo puedes creer en el valor de las matemáticas si no vives de acuerdo a sus leyes?».

Comprender esto se encuentra al alcance de un maestro digno de este nombre.

Sólo tenemos una vida, por tanto no pasemos totalmente al lado de esta maravillosa oportunidad que representa la masonería y nos contentemos con satisfacciones secundarias y totalmente ilusorias (grados, collares) y pensemos que la utilización de la terminología masónica no es suficiente para hacer un masón. Insultaríamos a la Francmasonería si la consideramos únicamente como un escenario, utilizándola como un medio de acción, de expresión y de valorización y no como el fundamento de nuestro comportamiento.

Incluso llegados a los altos grados de perfeccionamiento algunos ignoran en ocasiones que la sabiduría elemental manda siempre amar a los otros y no tratar de dominarlos utilizando cualquier jerarquía. Si existe una escala, es la del conocimiento y quien pretenda haber conseguido todos los grados nos demostrará inmediatamente que ha descendido muy deprisa... por el otro lado.

La Francmasonería y sus misterios permanecerán a pesar de todo, para muchos, como un libro cerrado.

El individualismo

He venido para hacer salir a las ovejas de su redil.

Juan 10. 4.

El oficial, el masón, el hermano o hermana deberá mostrar igualmente un individualismo correctamente entendido, y proscribir el egoísmo tan común incluso en el espacio sagrado. El individualismo, cuya búsqueda preconizamos, no debe interpretarse en el sentido de separarse de los otros. Se trata de cultivar la parte de uno mismo, personal y única, irremplazable que hace de nosotros alguien distinto, en un mundo en el que el individuo trata de diferenciarse y adquirir una conciencia propia. Este principio de individualización es el secreto mismo de la creación y por tanto de la vida, y solamente quien lo consiga podrá ofrecer su riqueza singular como una piedra para el edificio, la única que podrá aportar, participando con gusto en el crecimiento y la belleza de la construcción.

No hace falta decir que adoptándolo, nuestro iniciado se alejará de otro de los males de la francmasonería, el conformismo, tan perjudicial a toda evolución, sea ésta personal o colectiva. Bien es cierto que el estado-providencia ha preferido gestionar antes grupos que individuos, recordemos que todos fuimos aceptados por ser hombres y mujeres libres y que debemos reivindicarlo.

Debemos evaluar constantemente todo lo que nos sea propuesto, e incluso en un ambiente fraternal no debemos abandonar el sentido crítico y distinguir entre la antigüedad de los grados y los niveles de humanidad.

Una logia es sobre todo un lugar de investigación vivo y de búsqueda espiritual, de duda constructiva, de entusiasmo comunicativo y no de pasividad, ni consensos mínimos, ni repetición servil del pasado.

Nociones preliminares

El venerable maestro ha propuesto, pues, a nuestro oficial a la logia porque sabe que este puesto podrá, si fuese necesario, hacerle ver la realidad desde más cerca, le obligará a desarrollar aptitudes que a veces ignora, o considera a su pesar (rigor, autoridad, compasión...) o simplemente para aportarle un poco de confianza en si mismo.

Debe prestarse un gran cuidado a la hora de la elección de los oficiales, el desarrollo de un oficio debe posibilitar siempre avanzar hacia el conocimiento, permitir al masón elegido completar su formación, ver a la logia y a sus hermanas y hermanos desde otra perspectiva.

Vemos en ocasiones que el mismo oficio es ocupado por un mismo masón durante muchos años, esto es contrario a los principios de transmisión, de instrucción y no sienta correctamente las bases del futuro. Mientras que se asume el cargo de venerable maestro no se debe bajo ningún concepto facilitar la comodidad, por ejemplo: mantener más de lo necesario a un buen secretario, aunque se le reconozca esta cualidad, pues se debe beneficiar a los jóvenes maestros que se van incorporando: la logia de mañana comienza hoy.

En tanto que masón, tenemos siempre la libertad de elegir la comodidad de un cargo que no se aleje realmente de nuestra actividad profana: tesorero cuando se es contable, orador cuando se es abogado, etc., pero dado que elegimos trabajar sobre nosotros mismo, entonces ¿Por qué no asumir el desafío y asumir el riesgo de llevarlo adelante?

Ponemos numerosas excusas, por ejemplo la falta de disponibilidad, una vida social o cultural muy completa.

¿Será esta la ocasión para reflexionar? ¿Qué beneficios secundarios tenemos de esta hiperactividad o de valorar este tipo de cosas? ¿Por qué entonces hemos sentido la necesidad de entrar en masonería?

Un puesto a nuestra medida, continuación de nuestra profesión, no nos ayudará a progresar. En efecto, no es fácil avanzar cuando todo es fácil sino cuando se presentan dificultades y cuando las remontamos, percatándonos a veces de que somos capaces y que únicamente la pereza nos lo impide.

Si éste no es el caso, y si a pesar de toda la buena voluntad del mundo el resultado práctico no es el esperado habremos al menos conocido nuestros límites, lo que siempre es interesante, y habremos podido descubrir con precisión como manejar el cincel.

En cualquier caso, será una cuestión natural pedir consejo, reconocer una dificultad, puesto que los hermanos y las hermanas están ahí para ayudarnos, la unión hace la fuerza, siempre que nuestro amor propio, nuestra vanidad o nuestro orgullo no se atraviesen en medio del camino.

La instalación de una comunidad

Con la instalación del Colegio de Oficiales no asistimos realmente al nacimiento de una nueva logia, imagen que podríamos aplicar mejor a la llegada de un nuevo aprendiz, sino al descubrimiento de un nuevo estilo, y ciertamente a la escritura de una nueva página de la historia del taller.

Esta ceremonia debe ser una fiesta de la transmisión, de la continuidad, de la renovación.

Con experiencia o sin ella, el oficial ha sido propuesto y elegido. Sus hermanos y hermanas le reconocen la capacidad y él debe acometer el trabajo con el ánimo de cumplir su oficio de la mejor manera posible con el fin de responder a la fraternidad de todos ellos.

Más allá de su función concreta, el oficial de un taller debe tener presente que forma parte de una comunidad: el colegio, y esto le crea obligaciones concretas. Siendo antes que nada un constructor. Éste principio deberá librarle de todo sentimiento negativo, destructor.

Determinadas acciones o palabras pueden en ocasiones convertirnos en profanos y dar lugar a sentimientos que no tienen razón de ser en un recinto masónico. No nos “dejemos ir”. Evaluemos nuestro nivel de maestría, refráramoslo todo a los principios y no al ambiente general del momento o del lugar, y si alguien debe mantenerse firme, ése deberás ser tú.

El oficial, solidario con el colegio, es igualmente co-responsable de una comunidad más amplia, la logia, que a su vez participa en una Obediencia, esta a su vez en la masonería, que no es más que una pequeña parte de la humanidad.

“Piensa en global, actúa en local” como propone el proverbio inglés.

El primer deber de un oficial, salvo causa de fuerza mayor, es aceptar su cargo, el segundo es el de llevarlo a buen fin. No deberá tomarse a la ligera, aunque el puesto sea considerado de menor importancia, aunque haya sido ocupado con anterioridad. Toda función en masonería comporta aspectos iniciáticos profundos que pueden perderse si no se buscan; son las fuerzas de la evolución las que llevamos en nuestras manos. Volver al mismo puesto no es ir hacia la comodidad, ya que permite constatar si somos capaces de llevarlo a cabo de manera más completa, si apreciamos toda la riqueza que podía habérsenos escapado, si somos diferentes.

Qué gran felicidad poder pensar: “he dado un paso”.

Otro de sus deberes será la solidaridad.

Jamás se debe tratar de destacar a costa de un hermano o hermana, se pedirá la palabra para aportar una piedra (y no para tirarla en el jardín del vecino) siempre en interés del taller o de la masonería, no existe otro fin que conseguir el égregor, fenómeno imposible de definir correctamente y por ello palpable en contadas noches, para el placer de todos.

El puesto de oficial tiene la función de transmitir el saber, mediante el ejemplo, sus explicaciones, su comportamiento. El oficial es alguien con perspectiva, no por el valor de su persona, sino por la transmisión masónica. No es por tanto el hermano x quien se desplaza o se mueve, es un representante de la corporación masónica, agente de la institución y co-portador de los valores que la masonería proclama. Raramente serán las palabras del oficial las que se recuerden, “verba volant”, sino sus actos, su saber hacer.

Desde un punto de vista práctico, cuando el oficial toma la palabra debe ser preciso y dejando claro que lo hace en tanto

que hermano o hermana aportando una piedra, o hablando ex cátedra. En el primer caso expondrá sus ideas de pie y a la orden, sin su mallette como vigilante por ejemplo, en el segundo caso lo hará como oficial de la logia, armado de su espada de guarda templo para precisar que el templo está a cubierto...

Herramientas y otros accesorios

Las herramientas, esos auxiliares tan preciosos de los constructores de todos los tiempos (algunos ejemplares han sido encontrados en sepulturas del Alto Egipto, por no remontarnos más lejos), objetos concebidos por el espíritu y prolongación de la mano, tan simples si pensamos en una escuadra o en la plomada, proporciona a quien busca con intensidad una gran fuerza simbólica

Han devenido en soporte de nuestras reflexiones, nos ayudan a trabajar la materia, a pensar en nuestro pesado y basto ser material, para obtener, en última instancia, luz y energía, puesto que eso es lo que somos en lo más íntimo, una vez despojados de esa, en ocasiones, tan espesa escoria.

El ritual nos las confía, las pone ante nuestros ojos, nuestra mano las coge, ¿qué nos puede faltar para que nos impregnen de su carga simbólica?

En nuestra vida profana estas herramientas siempre están cerca, únicamente hemos de actuar, para cambiarnos o cambiar las cosas, para llevar a cabo una inspección profunda o mover montañas.

«...el hombre pasa a través de bosques de símbolos que le observan con mirada familiar...»

Vamos a identificarlas, pues un día u otro nos serán de gran utilidad. Si las hemos integrado hasta el punto de que formen parte de nosotros mismos, pueden tomar la forma de una amiga de confianza que sabrá hablarnos con franqueza, o nos invitará a la medida, de un artista que conoce las reglas que deben aplicarse, de un libro de cabecera del que sacamos fuerza, de un indicador ante el que pasamos y nos señala el camino correcto a seguir.

Todos pueden ver su luz, aunque en ocasiones no sea más que un minúsculo brillo al que no prestamos atención.

El mallette

El simbolismo tradicional manda que se tenga en la mano derecha aunque se sea zurdo. Aquí todo es símbolo. Los rituales o la práctica lo colocan más o menos alto sobre el hombro izquierdo, algunos lo colocan sobre el corazón como símbolo de que la fuerza, si es justa, es indisociable a la sabiduría del corazón.

El mallette es confiado al neófito durante un breve momento iniciático y luego se le retira inmediatamente. El compañero lo tomará una segunda vez, en un gesto casi tan breve. Habrá tenido igualmente ocasión de llevarlo en sus viajes, es decir pasar tiempo en su compañía. Para el primero comienza un tiempo de introspección, de silencio y de aprendizaje incompatibles con la utilización real del mallette. El segundo a su vez, se habrá beneficiado de las enseñanzas de sus viajes y del trabajo de refinamiento de su aprendizaje mucho antes de que le sean confiadas otras responsabilidades. El venerable maestro entra en la logia mallette en mano, o bien lo encuentra sobre su mesa al llegar. Puede tomarlo también del ara del trabajo, destacando su función, posándolo al cierre de los trabajos de la misma manera, finalizado el trabajo, expresando que él no es más que « primus inter pares ». Todo dependerá de aquello que mediante el símbolo se quiera ilustrar.

Atributo de las tres luces de la logia, es tradicionalmente el símbolo del mando y por su sonido escuchado al oriente, al mediodía y al occidente los obreros serán llamados al trabajo al comienzo de todas las reuniones.

Sus golpes llamarán de la misma manera al cierre de los trabajos y marcarán el intervalo del trabajo de la logia.

En este sentido, los hermanos, con un cierto sentido poético, han bautizado su taller como «El canto de los malletes». Asociado a la espada flamígera, hará resonar los tres golpes que simbolizarán la consagración al primer grado y será oído de la misma manera en todos los aumentos de salario.

El sonido de los malletes nos hará reflexionar sobre el hecho de entender, de comprender y de interpretar correctamente aquello que oímos. Este sonido nos llama al trabajo, a estar atentos, otro resonará para pedir la palabra, este último quedará grabado en nosotros puesto que está dedicado a nuestro progreso. ¿Qué entendemos cuando nos habla?

¿Estamos preparados para comprenderlo? ¿Dejaremos entrar su palabra para evaluarla y que eventualmente nos impregne o bien nos cerraremos en una actitud poco constructiva?

¿Estamos preparados para entenderlo? ¿Esta semilla se perderá en un suelo no preparado por falta de trabajo o de conocimiento?

Los aprendices y los compañeros utilizarán un mallete virtual apropiado para permitirles iniciar el trabajo sobre si mismos, desbastar la piedra bruta para unos, refinar el trabajo para los otros.

El mallete simboliza la fuerza que ejecuta, sin la cual toda acción está condenada al fracaso y toda reflexión al debilitamiento, los obreros deben descubrir la necesidad absoluta de alcanzar la maestría, lo que implica un largo viaje en la esfera de la justa proporción. En efecto, el mallete en la tradición masónica nos sirve para tallar nuestra piedra pero servirá también, desgraciadamente para darle un golpe fatal al maestro...

El cincel

El cincel es el objeto punzante que necesita del impulso del mallette para cumplir su objetivo. Desbastar la piedra bruta es una cuestión, sobre todo, de voluntad. El cincel se encuentra siempre allí cerca de nosotros, invisible para unos, intimidatorio o espantoso para otros. Nadie deberá, nunca, usarlo por nosotros. El trabajo es tan delicado, nuestros defectos se encuentran tan arraigados y nosotros mismos acostumbrados a cohabitar con ellos desde hace tanto tiempo que nos encontramos prácticamente en la posición de un mosquito enfrentándose a una barra de hierro.

El trabajo consiste a menudo en cortar en vivo nuestros defectos, en sufrir separando esa parte de nosotros que obstruye la luz que se encuentra en nosotros.

La cicatrización no será rápida, la herida se abrirá repetidas veces. Muchas serán las ocasiones en que nos sentiremos empujados a abandonar. Muchos serán los que lo hagan tras el primer impacto. El golpe del cincel, una vez realizado, no tiene marcha atrás, de ahí la necesidad de la exactitud en su ejecución y por ello de un profundo período de aprendizaje.

Símbolo pasivo sostenido por la mano izquierda, es también la imagen de la unión que hace la fuerza puesto que no puede trabajar más que junto a otra herramienta. El binomio mallette-cincel nos plantea numerosas cuestiones: ¿Va a ser utilizado convenientemente por un artista? ¿Será aplicado en el lugar adecuado? ¿Recibirá el impulso preciso, ni muy fuerte ni muy suave? ¿Nos atreveremos realmente? ¿Es aquí donde debemos aplicar nuestros esfuerzos y serán los adecuados? ¿Tendremos la energía necesaria, la ayuda suficiente, los medios adecuados, la voluntad, la sabiduría que concilia y modera así como la belleza gestual que todo lo transfigura? Todas estas preguntas pueden ser hechas indistintamente al profano, al masón, al colegio de oficiales, a toda la logia e incluso a la Obediencia.

La escuadra

El aprendiz lógicamente la percibirá, al compañero se le confiará en muchas ocasiones y el maestro deberá vivir con ella permanentemente. El aprendiz, tras la consagración la descubrirá al final del collar del venerable maestro indicando con ello la importancia del valor simbólico de la herramienta. El venerable maestro tiene como deber la dirección de la construcción según las reglas que garanticen la permanencia del edificio, esta será la ley de la que derivará el resto.

El aprendiz la descubrirá también, asociada al compás, ambas se encuentran dispuestas sobre el volumen de la ley sagrada.

La ley es letra y espíritu, y las herramientas se nos entregan para vivirla.

En el primer grado la posición superior de la escuadra nos exige atender en primer lugar a la letra y consecuentemente respetar las reglas de la construcción como primer peldaño de la escalera de la sabiduría.

Será esta dificultad de acceso la que hará entrar la ley en el campo de lo sagrado.

Es normal que el compañero que trabaja ya y que ha adquirido algunos conocimientos esté familiarizado con la escuadra. Le ha sido confiada varias veces a lo largo de sus viajes.

Servirse de la escuadra es hacer una evaluación del trabajo con una herramienta objetiva. La imparcialidad hará de la escuadra un compañero fiel puesto que no puede mentir.

Cuando en nuestra vida profana deseemos evaluar el trabajo realizado, la empresa acometida o bien la discusión finalizada sabremos encontrar en nosotros o en derredor nuestro la escuadra adecuada que nos informará de manera objetiva y desinteresada.

El maestro podrá llevarla al frente, puesto que formará parte integrante de todas sus reflexiones y participará en todos sus

actos. Nunca le dejará en falta, habiendo subido algunos peldaños de la escalera conoce su importancia en el momento de establecer las jerarquías, sin embargo no confundirá nunca rigor y rigidez. Se habituará a volver siempre sobre el trabajo realizado, las palabras dichas o las acciones llevadas a cabo para medir la justeza de las proporciones, sus pasos le habrán conducido más lejos, a otro nivel de consciencia, pero su viaje no habrá sido posible en tanto no haya adquirido el conocimiento necesario acerca del papel de la escuadra en su vida.

La plomada

En el comienzo de cualquier elevación se encuentra la plomada. En el inicio de toda construcción, deconstrucción o reconstrucción de uno mismo se encuentra el segundo vigilante. A menudo el aprendiz descubrirá por si mismo, al instalar el templo, la plomada sobre el collar de su oficial de referencia. Si la escuadra nos permite la verificación del trabajo realizado, la plomada nos dará la verticalidad que nos permitirá comenzar la construcción.

Elevación espiritual y construcción según las reglas del equilibrio son las dos responsabilidades del segundo vigilante. Elevarse espiritualmente a este estado consiste, sobre todo, en acceder a algo que algunos ignoran en gran medida y que otros han conseguido desvelar. El vigilante deberá estar atento a unos y otros, y proponer la formación precisa para que cada uno progrese adecuadamente.

Construirse según las reglas del equilibrio será progresar hacia lo alto, de forma metódica y mesurada, con el fin de que la construcción sea estable y sólida. Se deben conocer las reglas de la propia construcción, hay que ser capaz de evaluarse, para saber en qué condiciones un acceso a la espiritualidad es posible y qué deberá ser necesario hacer para conseguirlo realmente. “Conocerse

a uno mismo” es entonces una necesidad si queremos elevarnos hacia nuestro futuro ser.

Construir de manera perdurable es evitar las debilidades que convertirán en hipotético todo progreso posterior. Es igualmente conveniente no descuidar ninguna de las etapas del camino, en esto existen pocos atajos susceptibles de evitarnos esfuerzos.

En consecuencia, es necesario revisar una y otra vez la ceremonia de iniciación y comprender el simbolismo que contienen las purificaciones necesarias en todo camino hacia la luz. La plomada nos indica la vertical, es decir la vía de acceso más directa hacia la esfera de la espiritualidad.

Aunque esta perfección nos sea inaccesible en términos de evolución, podemos comprobar a pesar de todo y gracias a ella, si tomamos el camino correcto o si, por el contrario tomamos caminos más o menos oblicuos que pueden alejarnos progresivamente de nuestro ideal. La plomada se ve afectada por la ley de la gravedad, gracias a ello nos traza la línea de referencia. Nuestros defectos nos hacen humanos, conozcámoslos para utilizarlos de la mejor manera posible y no perder de vista la verticalidad.

El nivel

El nivel del albañil de la antigüedad tenía la forma de un chasis triangular del que se encontraba suspendida una plomada que coincidía con una marca fija, denominada línea de fe, cuando el nivel se encontraba en posición horizontal. Es el atributo del primer vigilante.

Esta herramienta debe ser vista como la ayuda imprescindible que nos facilitará el tránsito a la verticalidad de la espiritualidad desde la horizontalidad de la realidad en todas sus manifestaciones.

Sucesor del segundo vigilante en la preparación de los futuros obreros, deberá velar para que los compañeros que le son

confiados no se encierren en esferas intelectuales, en ocasiones tan gratificantes y cómodas tras haber traspasado el umbral, sino para que utilicen sus conocimientos tanto en su propio beneficio como en el de sus congéneres, eso es lo que llamamos realidad.

Un conocimiento puramente teórico puede resultar muy satisfactorio para quienes lo poseen pero será sólo vanidad, absolutamente inútil si no sirve a una gran idea práctica. La tarea del vigilante es la de llevar al compañero al nivel de los maestros, es decir a la plena consciencia y conocimiento de su compromiso en todos los aspectos de su vida profana y masónica. La maestría es el momento en el que se alcanza el conocimiento.

Así, concordando la vertical de la espiritualidad con la horizontal de la realidad evitaremos que alguien que haya tenido acceso a los conocimientos esotéricos sin haberlos asimilados se desvíe hacia la búsqueda del poder, la superstición o un ocultismo confuso. Es necesario enseñar que todo conocimiento no tiene valor más que en la medida que nos vuelve más humanos y que no debe en ningún caso alejarnos sino acercarnos a los demás.

He aquí una frase que tiene el valor de la escuadra para ilustrar un párrafo precedente.

Una vez establecido el enlace con la espiritualidad por medio del conocimiento de la plomada, el nivel nos invita a una expansión horizontal, y por lo tanto, a trabajar en el espacio que nos rodea con la mente siempre puesta en la vertical que expresa el convencimiento de que nuestra acción se ajusta siempre a la proporción adecuada.

Este trabajo en el entorno se traduce en los rituales por la máxima “llevar al exterior”.

La espiritualidad (la plomada) que atraviesa lo material (la horizontalidad) en su centro, nos debe ayudar a clarificar nuestro presente, pero también a revisar el trabajo anterior, nuestro pasado, a la luz de la mejor comprensión de las cosas que nuestro progreso nos permitirá en adelante. Nuestras acciones futuras también se beneficiarán de esta línea de pensamiento.

En fin, el nivel permite trazar la línea del conocimiento, del saber y de la experiencia que el compañero deberá reunir para acceder a la maestría.

Por otra parte, esta línea se verá concretada por la intervención de un maestro de obra, síntesis de los conocimientos adquiridos y sobre el que se pronunciarán los maestros preocupados por la excelencia. Hoy se trata de una plancha trabajada durante largas horas que expresará por su calidad todo el camino recorrido y las pruebas afrontadas.

Del respeto al símbolo dependerá el progreso personal así como la elevación progresiva del nivel de consciencia de la logia, para mayor beneficio, entre otros, de la institución.

El nivel llevado al mundo profano nos coloca de inmediato en una situación de igualdad con el resto de la humanidad, lo que nos llevará a vivir con respeto, dignidad y sobre todo solidaridad, con acciones que nos permitirán llegar a ser más justos y perfectos.

El compás

No le resulta aún familiar al aprendiz que lo descubrirá sobre la escuadra, depositado sobre el libro de la ley sagrada. Podrá deducir que para acceder al conocimiento de la ley, a su comprensión, así como a su empleo o su interpretación debe poseer el conocimiento simbólico y práctico de estas dos herramientas y por tanto su primera obligación será «entender» la escuadra, que es la primera herramienta accesible.

El compañero va un poco más allá y sus pasos le conducirán hacia la relatividad y su hermana la tolerancia. Habiendo recorrido el mundo, entreverá que no se trata de un espacio cerrado orthonormal y que la escuadra puede no ser suficiente para su evaluación. Por ello, su escasa experiencia y su formación por el momento incompleta, le obligarán en caso de duda a potenciar el empleo de esta última.

Por lo que se refiere al maestro, según la expresión ritual «ha pasado de la escuadra al compás». Habrá dibujado el círculo de sus capacidades, puesto que ha finalizado el camino que le lleva a si mismo y a su conocimiento. Por ello conoce en qué medida puede ser útil a sus semejantes, cuales son sus capacidades y cuales se encontrarán siempre fuera de su alcance, a no ser que realice esfuerzos desproporcionados.

Tendrá la sabiduría para desarrollar al máximo sus posibilidades en el interior del círculo que habrá trazado y a partir de este momento comenzará a ocupar todo el espacio, puesto que dejar el conocimiento en estado embrionario es privarse de muchas satisfacciones y empobrecer a la humanidad.

El compás de proporciones no tiene secretos para él y sabe, en cualquier circunstancia, realizar la acción necesaria, en el lugar y el momento adecuado.

Sabe que todos los parámetros tienen una importancia relativa y que pueden variar en proporciones considerables. Un litro de agua y una pieza de oro tienen valores opuestos si se encuentran en París o en pleno desierto.

Conociendo las implicaciones de la trasgresión sabrá, en todo momento, llevar a cabo una acción en armoniosa proporción con la jerarquía de sus valores. De este modo, una luz roja le hará detenerse, pero alguien en peligro más allá de ella le hará hacer caso omiso de esa señal.

Cuando mira el compás posado sobre la escuadra sabe que la libertad de apreciación simbolizada por el compás regulable afecta a su responsabilidad y que únicamente podrá ejercerse mediante el perfecto ensamblaje de ambas herramientas.

Sólo esto da acceso a la ley sagrada.

El libro de la ley sagrada

Históricamente la Biblia es considerada, desde hace mucho tiempo de forma natural, como el libro de la ley sagrada por los francmasones, y puede ser más exactamente el Nuevo testamento, con presencia más habitual en logias de muchas obediencias. Se trata de un tesoro de reflexión incluso para un no creyente que afirma venir, a pesar de todo, de una logia de san Juan. En otras ocasiones podrá ser un librito que reagrupe los fundamentos de todas las religiones como expresión de una masonería tolerante y abierta.

También el libro blanco inmaculado en el que cada uno verá plasmado su ideal, difícil de trasladar en ocasiones al lenguaje escrito cuando se refiere, por ejemplo, al amor universal o a la fraternidad humana.

Existen otras posibilidades, los reglamentos de la obediencia por ejemplo, o cualquier texto apropiado para reunir y proporcionar una idea de lo absoluto.

Cada cual según su grado de conocimiento preferirá uno u otro sin que ello impida el paso de uno a otro y después hacer el camino inverso. Libertad.

A cada uno proporcionará respeto total y convertirá en su suprema ley, punto central del círculo de su vida masónica suficientemente relevante como para hacerle entender y acceder a los misterios simbólicos de la escuadra y el compás.

Las espadas

No vamos a hablar propiamente de herramientas de constructores, pero las podemos asimilar ya que forman parte de la panoplia masónica del primer grado y ayudan a su comprensión. El venerable maestro, el gran experto y el guarda templo la incluyen

en su equipamiento, puesto que su oficio es especial y el arma es necesaria para la manifestación del simbolismo. La descubriremos un poco más allá, en el momento de la presentación de estos oficiales.

Numerosas en la bóveda de acero, simbolizan la fidelidad de los caballeros que colocan su espada en signo de sumisión, para formar una bóveda en señal de protección, en ocasiones aún se portan en el lado izquierdo para ilustrar el símbolo, se mantiene tanto en el REAA como en el RF el cordón que permitía llevarlas a la gente de armas. Siendo todo símbolo, la masonería de hoy ha mantenido este cordón como testimonio de la igualdad proclamada en las logias del XVIII, cuando únicamente los nobles tenían el privilegio de portar armas. Las espadas podrían haber sido dejadas a la entrada del templo pero parece más juicioso nivelar por arriba, pasando de lo operativo a lo simbólico y poniendo el acento en la nobleza de los sentimientos. El cordón introduce a los maestros en la nobleza del alma, del carácter, del comportamiento.

Desde el momento de su elevación, esta nobleza le obliga.

Para terminar, el azul del cordón es el de la orden del Espíritu Santo creada por Enrique II, rey de Francia.

La caballería y su espíritu están aún presentes en el momento de la recepción de un nuevo miembro donde con el mismo gesto en el momento de la caída de venda, durante el psicodrama que precede a su recepción, se le advirtió sobre las consecuencias de su falta al compromiso y se le aseguró la ayuda de sus hermanos y hermanas.

El bastón

Se han encontrado en los sarcófagos egipcios «bastones de viaje», objetos muy simples pero cargados de simbolismo, en la tumba del arquitecto Kha y su esposa por ejemplo, cuyo interior se ha

reconstruido en una sala del museo egipcio de Turín en Italia. Su sucesor es nuestro bastón de ceremonias, adornado según los gustos del XVIII.

Aunque se trata del atributo exclusivo del maestro de ceremonias, al compañero se le confiará uno para viajar.

Sus colores son el blanco y el negro del pavimento mosaico, nos ayuda en nuestro deambular entre los opuestos y si al caminar se produce algún desequilibrio nos permite recobrar la estabilidad del ternario. Su verticalidad nos invita a elevarnos, su pomo es esférico como la tierra, para indicarnos que el mundo pertenece al viajero, es decir a aquellos que saben marchar al encuentro de los otros.

Los collares

Simbolizan el cargo del oficial, llevan bordada la imagen de sus atributos, el extremo adornado, en ocasiones, con una joya, en el caso del venerable maestro la escuadra.

Normalmente son colocados por los aprendices cuando montan el templo y así aprenden un poco más acerca de los oficios, sus sitaliales y sus símbolos.

Tienen diferentes colores según las obediencias, pero siempre en la gama de los azules que permite imaginar la infinidad de posibilidades existentes en el ejercicio del oficio. Tienen siempre la misma función poner de manifiesto que quien lo lleva es el titular del oficio y actúa como tal.

Cuando se produce el cambio del colegio de oficiales el cordón será transmitido a su sucesor, su función terminará en este momento, de la misma manera que había comenzado doce meses antes por el gesto inverso.

Proponemos que, de la misma manera, las impresiones recogidas a lo largo del año por nuestros oficiales sean fraternalmente transmitidas en esta ocasión.

¿Qué interpretamos?

Esta noche, a las doce horas simbólicas, los hermanos y las hermanas se reúnen para trabajar unidos, es decir en la confianza reflejada en un ambiente fraternal.

¿Las conveniencias y la hipocresía de «lo masónicamente correcto» pondrán una nota sosa en la reunión o la intransigencia de algunos paralizará situaciones que pretendemos hacer evolucionar?

En el primer caso tendría el mismo efecto que una amable reunión de vecinos para charlar, en el segundo la verdad sin rodeos alejará a quien se quiere acercar. En ambos casos no habrá servido para nada. La logia incluso habrá retrocedido.

No perdamos de vista que el Progreso de la Humanidad comienza por el progreso personal de cada uno de nosotros y que se trata de una pesada tarea que debemos realizar antes de proporcionar la ayuda generosa a nuestro hermano. Constatar un defecto se encuentra al alcance de todos, encontrar la palabra o el gesto que permita superarlo sin heridas es muy diferente. Preguntarse que ha conducido a esta situación se encuentra más próximo al camino masónico que denunciar sin esfuerzo y sin efecto un hecho de escasa importancia.

Construyamos.

Las bases del trabajo

Los cimientos del trabajo son aquellos en los que se apoya el colegio para construir y llevar a cabo un proyecto, pueden en ocasiones resumirse en estas palabras: llamar a los obreros al trabajo y hacer avanzar la logia. No es nada novedoso, simplemente lo que nos enseña la experiencia, difícilmente tendremos éxito si nos alejamos de ello.

El más evidente, y sobre el que no debería ser necesario insistir, es la fraternidad. Palabra sagrada, pronunciada muchas veces fuera de una tenida, formando parte de la aclamación en algunos rituales, ha devenido en tan habitual, por no decir común, que raramente suscita la reflexión personal. Sin embargo adopta varias formas: aportar su piedra al trabajo presentado, proponer trabajos anuales al venerable maestro, interesarse sinceramente por los presentes e inquietarse sistemáticamente por los ausentes, la lista puede ser tan larga como deseemos.

La solidaridad, otro valor que se da por sentado. No siempre es así. No se trata de una palabra que se escribe forzosamente con mayúscula, puede ser tan simple como un cotidiano acto bondadoso.

¿Quién lleva preparada una plancha alternativa para el caso de que el orador no esté presente esta noche? ¿Quién toma la iniciativa para realizar un viaje compartiendo vehículo? ¿Quién aparca un poco más lejos para que un anciano deba caminar menos o alguien que se retrasa llegar a la hora? ¿Quién verifica en silencio si todo se encuentra en su lugar en el templo para advertir discretamente de lo que falte cuando sea necesario? ¿Quién está dispuesto a prestar realmente asistencia económica, si es necesaria, y no se refugia tras el hospitalario? ¿Quién la practica en la vida profana?

El trabajo, a pesar de lo simple que parece, tiene un valor movilizador y pegadizo. ¿Qué cantidad de trabajos verdaderos en el segundo y tercer grado se presentaron el año anterior? ¿Qué propuesta se realizó por la logia para el Convento nacional y aún no se eligió una comisión para su estudio en el interior de la logia? ¿Qué camino, qué símbolo, qué tema de reflexión ha sido destacado este año? ¿Qué encuentros se han previsto con otras logias, otras obediencias, otros países?

Nuestras miradas se dirigen hacia el oriente y la luz que él representa, en su camino encontraremos el ara del trabajo que deberá despertar algunas reflexiones en nosotros.

El constructor debe convertirse en creador. Únicamente la innovación creadora, tanto en masonería como en el mundo profano, permite mantener el interés, crear la cohesión de quienes comparten un proyecto y atraer eventualmente a nuevos obreros. En este sentido, la opinión de los visitantes puede ser un buen barómetro sobre el nivel de trabajo del taller.

El marco del trabajo del colegio

Por lo que concierne a la administración de la logia se trata de algo que está fijado por los reglamentos generales, y en cuanto al espíritu iniciático se refiere es algo que se encuentra recogido en los rituales y en la tradición masónica.

Los reglamentos generales

Son definidos de esta forma por su carácter general y global y su función unificadora a nivel de logias cuando la Obediencia ha sobrepasado un determinado número de talleres. Son, en principio, el fruto de una decisión común y democrática que les proporciona legitimidad e impone su respeto.

Si uno puede aplicar la ley con rigor, con discernimiento o intransigencia, según su nivel de evolución, debemos esperar siempre que se comprenda la letra y se preserve su espíritu.

En una obediencia que se pretende «masónica», con todas las obligaciones que ello supone, y en primer lugar la armonía del conjunto, la multiplicación de artículos legales, su elaboración cada vez más precisa y tendente a cubrir todas las posibilidades y legislar hasta el mínimo detalle, encierra a las hermanas y a los hermanos en procedimientos administrativos estrechos que desarrollan en última instancia un reflejo de obediencia ciega, de referencia sin conocimiento, eliminando con ello todo desarrollo iniciático colectivo, propicio a aportar la respuesta masónica adecuada a la situación particular encontrada aquí y ahora.

Nuestras obediencias con diez mil, treinta mil, cuarenta mil miembros han devenido en enormes “globos” que han mantenido en sus escudos el término iniciático como emblema,

pero que no siempre justifican este carácter. No hay lugar para la imaginación creadora, ni lugar para acciones alternativas, únicamente conformismo.

Para comprender la trampa en la que nos encontramos, forcemos el trazo e imaginemos por un instante a Sócrates, Salomón, Jesús o Buda trabajando sobre los reglamentos generales para solucionar un problema.

El espíritu iniciático tiene otra naturaleza diferente a la de los reglamentos generales modificados regularmente, es de un orden superior y por tanto no sirve prácticamente nunca como referencia para la solución de una dificultad.

He aquí el momento de saber más acerca del conocimiento, de la interioridad, de la sensibilidad de la elevación espiritual sinónimo de búsqueda de la armonía y de amor al prójimo.

Para ayudarnos tenemos a nuestro servicio numerosos rituales y una tradición masónica que el tiempo ha enriquecido sin cesar.

¿Qué solución presenta mejor respuesta a la fraternidad?

¿Qué solución es la más luminosa?

Busquemos, aspiramos a estar aquí para ello.

La tradición

La tradición operativa hunde sus raíces en lo más profundo de la historia, el Gran Oriente de Francia, por lo que a él respecta, más de seis mil años.

Todo el mundo puede estar de acuerdo por ejemplo en que los arquitectos de las pirámides eran maestros constructores confirmados, maestros cuyos secretos no nos han sido traspasados y para los que nuestros científicos no nos proponen más que hipótesis y suposiciones acerca de los métodos empleados para elevar y ensamblar los bloques de piedra en una época en la que se utilizan el hierro impuro y la rueda.

Pero Imhotep, el arquitecto de Saqqarah (XXVIII siglos antes

de J.C.), tuvo también maestros eminentes, que habían sido formados en su momento, al igual que sus instructores y así podríamos remontarnos muy atrás en el tiempo.

¿Qué sencillas enseñanzas se pueden obtener ? La primera, y quizás la más importante, es sin duda la necesidad del estudio prolongado y el perfeccionamiento permanente. Aquellos iniciados, cuya cultura no se limitaba al arte de la construcción, tenían un amplio conocimiento de la albañilería y la arquitectura profana, por supuesto, pero también de la escultura, la pintura, la astronomía, la religión, el simbolismo de los números que les permitió orientar y elevar sus edificios de acuerdo a sus necesidades espirituales. La fuerza de las dimensiones, la sabiduría de la construcción de una belleza duradera e inquietante es donde reside siempre la fuente espiritual e iniciática universal.

En nuestros días, ¿qué se estudia y en que se profundiza verdaderamente ? ¿Se conoce algo, por simple que sea, de las herramientas simbólicas puestas a nuestra disposición para contrastar si su realidad actual se corresponde correctamente con lo planificado y los antiguos ideales ?

Aquellos maestros no trataban de quemar etapas, no descuidaban ninguna posibilidad de aprendizaje puesto que su vida se encontraba prácticamente en juego cada al servicio de un poder absoluto de origen “divino”. ¿Quién es consciente en nuestros días de que su vida corre peligro, al menos su felicidad y su bienestar ?

Su dignidad, su nobleza, se sustentaba en haber puesto en pie un desafío, perpetuarse en su obra, trascender a si mismos, haber trabajado continuamente.

¿Qué nos enorgullece hoy en día en cuanto a nuestra vida como masones ? Aunque sea de un modo simbólico, somos sus herederos y la ortografía de los rituales que duplica las palabras para indicar el plural, (app.app. por aprendices por ejemplo), expresa la forma en la que en el origen se representaba el plural en los jeroglíficos.

Por un camino que cada uno descubrirá observando la historia desde su punto de vista, la francmasonería ha sufrido una mutación que la ha llevado a abandonar progresivamente su carácter operativo, del latín «opus» que significa trabajo, obra, hasta convertirse en especulativa.

El desafío consiste ahora en construir un edificio simbólico, nuestro templo interior, edificio armonioso difusor de luz, a la vez que compartido, lleno de significado, considerado perfecto y dedicado al progreso de la humanidad, al gran arquitecto del universo o a cualquier otro ideal.

La tradición es una manera de trabajar apropiada para formar nuevos obreros, moldeada por el tiempo y las admirables obras de arte que visitamos y que son ejemplos que nos hace respetar lo que los masones realizaron. Vamos a rehacer una vez más su espíritu que se debe enriquecer con los nuevos tiempos.

La tradición del siglo XVIII, por no remontarnos más lejos, reserva la masonería a los hombres bien nacidos, es decir nobles. Con el desarrollo de la burguesía los ilustrados se incorporaron a ella. A finales del siguiente siglo las mujeres empezaron a ser iniciadas, un siglo antes las colonias y los colonos alcanzaron la plenitud de sus derechos y con frecuencia abrieron talleres. Hoy en día, las obediencias tienen ramificaciones internacionales, incluso internacionalistas.

La tradición es un proceso creativo lento y continuo que se produce por sedimentación y que asegurará siempre la fiabilidad de la base de toda construcción. Merece nuestro respeto.

Hubo un tiempo en el que el esclavismo era tradición, hoy nadie puede defenderlo.

Hace tiempo el pastor Anderson codificó la tradición excluyendo a la mitad de la humanidad de la francmasonería. Este tiempo ha pasado. Hubo un tiempo en el que Gerard Nerval podía evocar a los «salvajes libios» en su «Viaje al oriente», esta expresión hoy no es admisible.

Así pues, conservemos nuestro pasado, sin embargo, cuidémonos

de no volvernos esclavos de textos con el encanto de lo viejo pero que no corresponden a los valores del siglo XXI si buscamos siempre el progreso de la humanidad.

Los ritos

Si tomamos la palabra ritual como derivada del griego arithmos, es decir número, organización, ritmo, la palabra rito puede ser relacionada con el término sánscrito rtam que puede ser traducido por ortodoxia religiosa.

La irrupción del rito en el vocabulario masónico tiene sin duda su origen en el reconocimiento de algunos masones ingleses de las prácticas de la Gran Logia, y su decisión de distinguirse. Estos definieron a la Gran Logia y sobre todo a sus seguidores, como Modernos, lo que no era un cumplido, y se denominaron como Antiguos para mostrar su apego a la tradición.

El Rito Antiguo y el Rito Moderno se encadenaron y serán los primeros de una larga serie que se desarrolla aún hoy impidiendo a los historiadores una catalogación exhaustiva.

Más allá de la historia, del folclore, de las especificidades, de la personalidad de sus creadores e incluso de su originalidad, el rito elegido no será nunca toda la masonería, ni la masonería legítima, aunque a veces lo proclaman alto y fuerte sus fanáticos. Será siempre el vehículo que nos ayudará a analizar y a comprender el fin último: el trabajo sobre uno mismo que genera las condiciones de progreso personal origen del progreso colectivo y de reunión de lo que se encuentra separado.

Los rituales

Los rituales, forma masónica de trabajar. Numerosos, antiguos o más recientes, imagen de las sociedades de la época que los ha producido, han sido y siguen siendo los testigos y los soportes mágicos del pensamiento.

De un modo absoluto se puede decir que los rituales presentan los aspectos esotéricos intemporales y realmente iniciáticos, y los aspectos exotéricos adaptados a su época y por ello sujetos a evolución.

Las cosas no son desgraciadamente tan simples, la evolución de los aspectos exotéricos lleva frecuentemente al empobrecimiento del contenido esotérico.

El espíritu que subyace en el ritual, las frases y las palabras elegidas, cada gesto que se propone y el momento preciso en el que se desarrolla, el oficial que lo ejecuta, el momento exacto en el que se produce, la perfección en la ejecución o las incertidumbres de la acción, todo ello forma parte de un conjunto de preguntas sobre la virtud iniciática que se proponen para nuestra reflexión personal y colectiva.

Los rituales son un concentrado de sabiduría que construye, de ética que estructura y de determinación que ayudan a la realización, en una palabra: un concentrado de luz.

Esta luz, en ocasiones antigua, debe ser analizada a la luz de su época. Se encuentra tamizada o intensificada en los rituales posteriores para responder a la evolución del mundo y consecuentemente a la de la tradición.

El ritual contiene un espíritu general, una filosofía, una inspiración. Absolutamente deísta para unos, laico o simplemente descristianizado para otros, adaptado a la feminidad o, incluso, a la mixidad para otros, con vocación teosófica o social, casi todas las derivaciones han sido ya propuestas y su catálogo seguirá, todavía, aumentando. Esto es también importante, debemos desentrañar los mensajes contenidos en las palabras y en ocasiones buscar lo que se encuentra tras ellas y extraerlo.

La triangulación de la palabra

En el marco de la acción del colegio, la triangulación de la palabra es un elemento formal articulador. Es una de las bases de la enseñanza que, más o menos, se cumple y que el venerable maestro deberá hacer respetar tanto por su utilidad como por que su práctica es rica en enseñanzas.

La triangulación de la palabra significa que quien habla, sea quien sea, se dirige al venerable maestro para aclarar lo expresado por un hermano o hermana en el transcurso de un debate, aportar elementos de comprensión sobre el contenido de un trazado, realizar una pregunta a un miembro del taller, aportar una piedra o compartir sus impresiones. Esto nos obliga a tomar distancia, y por ello a la elevación intelectual, incluso espiritual; nos sitúa en el dominio de las ideas, de los conceptos, de los símbolos, evita la dualidad y sus enfrentamientos, las certidumbres y la tendencia natural a tratar de persuadir al otro al que se responde. Nos permite aportar nuestra piedra al edificio como un regalo, grano sembrado que otros podrán recolectar, nos abre a la comprensión del otro y nos cierra a la disputa y al placer narcisista de brillar ante un auditorio.

Durante el interrogatorio de un aprendiz o de un compañero por ejemplo, el hecho de hacer discurrir la pregunta por el venerable maestro permitirá a este último eventualmente reformularla o ampliarla. La cuestión tomará un interés más general, esto eliminará cualquier sentimiento de superioridad del examinador.

Los objetivos del trabajo del colegio

Las condiciones particulares de los talleres, pertenecientes a una u otra obediencia, en tal o cual federación, su propia historia, sus elecciones y orientación de los trabajos, el número y la calidad de sus miembros, su aislamiento y muchos otros parámetros entre los cuales podemos anotar la juventud o la antigüedad, hacen que cada colegio se sitúe ante situaciones únicas con una problemática a menudo también única. Sin embargo, y como hemos visto los datos son variados, el objetivo supremo se encontrará siempre en la búsqueda de la verdad y la creación de las condiciones más favorables para ello.

Una condición esencial si queremos aumentar rápidamente la intensidad de la influencia será contar con un número suficiente de miembros.

Los dos principios que pueden guiar al colegio en su acción son:

Equilibrar a los contrarios y unificar a los complementarios.

Equilibrar a los contrarios (en el sentido de diferentes) puede tomar la forma de un equilibrio de los sexos en una obediencia mixta, por ejemplo. En otros casos supondrá contra-balancear los orígenes sociales o profesionales, armonizar diferentes generaciones, aplicar la justa proporción a los trabajos sociales, masónicos, esotéricos, etc., a fin de favorecer la pluralidad de los planteamientos, e igualmente multiplicar las fuentes de la luz.

Llevar a los complementarios hacia la unidad es reunir aquello que se encuentra disperso y sin embargo tan cercano en muchos aspectos, poniendo de relieve lo que une y no lo que separa y más prosaicamente, en todo caso, recrear un centro de unión allá

donde falte o reforzarlo donde ya se haya establecido.

Es necesario dar a conocer el mensaje de que la logia es asunto de todos, que la defensa de la masonería es también asunto de todos, que la humanidad y su futuro es obligación de cada uno a su nivel, hoy, ahora.

La logia

Se trata generalmente de un edificio equipado para este fin llamado taller, templo o logia según quien lo nombre, o lugar, o punto de reunión de la comunidad o lugar sagrado.

Al principio de la masonería especulativa las reuniones tenían lugar en los salones de las tabernas londinenses. La historia nos ha transmitido nombres como «At the Apple Tree», «At the Goose and Gridiron». Esta última fue el lugar de la creación de la primera Gran Logia el 24 de junio de 1717, estaba situada en un lateral de la catedral de San Pablo, hoy Paternoster Square.

Hoy en día, normalmente, los masones se reúnen en un local preparado para ello, con sala húmeda reservada a los ágapes y otro tipo de actividades como reuniones o comisiones. A veces se trata de un simple lugar delimitado por la cuerda de nudos, símbolo del espacio sagrado a crear. Las tenidas solsticiales bajo la bóveda celeste son un ejemplo de esto.

En momentos difíciles, en países en los que gobiernan dictaduras o incluso en los campos de concentración, los masones se reunían como podían para revivir la dignidad y la esperanza.

Incluso hoy en día sucede lo mismo, los atentados a la libertad de reunión, de expresión y de pensamiento son normales en muchos países.

Para ser calificado como sagrado un lugar no requiere más que la magia del ritual y la voluntad de los hombres y las mujeres que se reúnen, no dependiendo más que de los buenos sentimientos, de las palabras justas y de las bellas acciones y no de la riqueza del mobiliario y la decoración.

Debemos guardar siempre en nuestro interior que este crisol, espacio cerrado o no, pero protegido, no es en si más que un

lugar de entrenamiento para las buenas acciones que deberemos llevar al exterior donde se desarrollan las auténticas pruebas y pases de grado.

Para facilitar la comunicación atribuimos al exterior el calificativo de profano y llamamos sagrado al espacio en el que nos reunimos. Las fronteras no son tan claras, como sabemos los que hemos visto actitudes rechazables en el interior de las logias y acciones justas y perfectas en el exterior.

Las dificultades del trabajo

No existe un trabajo en el que no haya problemas, no existe construcción ambiciosa sin dificultades o imprevistos. En Francmasonería es esencial comprender que todo lo que se haga debe tener un contenido iniciático. Cuando la obra no se desarrolla como deseamos, cuando los planos son erróneos, poco claros o mal concebidos, cuando los aprendices pierden la verticalidad, cuando los compañeros no tienen ni el nivel ni el gusto por el trabajo, cuando los maestros ocupan su tiempo en mostrar sus insignias, cuando los oficiales desfallecen, no deben aparecer teatrales brotes de ira, malas respuestas incluso para los amigos o reproches a plena luz.

La vida se complace de cuando en cuando en proporcionarnos amargas sorpresas, la masonería también. Se trata de auténticas pruebas, nos permitirán evaluar la cualidad del espíritu iniciático de la logia.

Únicamente los verdaderos maestros la superarán sin beber de la copa amarga, evitando a la vez que el taller beba de la que se prepara para sí mismo.

¿Dónde están nuestros valores, en nuestras planchas? ¿Qué ha sido de nuestras herramientas, las hemos olvidado en un armario? ¿Qué enseñanzas hemos olvidado que necesitaríamos ahora?

Ese es el problema. Lo que tiene valor iniciático no es encontrar una solución ya que esta aparecerá en cualquier caso, sino cómo se busca y encuentra.

¿Vamos a empeñarnos en mantener nuestras posiciones, favorecer las demandas de nuestro ego y comenzar a cavar nuestra trinchera, mostrarnos rígidos y autoritarios, buscaremos diálogo e intercambio, guardaremos el polvo bajo la alfombra y

llamaremos a alguien ajeno a la logia para que asuma nuestras responsabilidades y solucione nuestro problema de construcción, nos pondremos durante un instante en el lugar del otro y trataremos de ver el problema desde su perspectiva, el taller finalmente saldrá fuerte y unido o débil y dividido?

¿Cada cual, desde su puesto, pondrá de su parte, mantendremos el mundo profano a distancia o por el contrario dominará la situación paralizando la obra quizá por mucho tiempo?

Las posibilidades son numerosas, reduzcamos el problema a su justa medida, encontremos una solución que haga honor a la logia y al espíritu masónico.

Si lo hacemos bien, el problema habrá devenido en un beneficio para el taller. Esto es la transmutación alquímica, a fuerza de ciencia, de tiempo, de voluntad, de amor, el plomo se convierte en oro.

El guarda templo

Se ordena al maestro de ceremonias que sitúe al guarda templo en su puesto, que le decore con su collar y le vuelva a entregar la espada. Esa espada que el masón habrá forjado él mismo a fuerza de cultura y de conocimiento del espíritu masónico.

Los antiguos rituales nos enseñan que el puesto de guarda templo se reservaba simbólicamente al venerable maestro saliente. Aquél que estuvo a plena luz se encuentra ahora en los límites de ella, el lugar del combate entre aquella y la oscuridad que trata siempre de penetrar en el templo. Su espada no es ya resplandeciente, en todos los sentidos del término, sino recta y cortante. El guarda templo es el guardián de la logia y de sus trabajos, se encarga de la seguridad: ningún intruso con aviesas intenciones y ausencia de profanos en pasos perdidos y las columnas.

Se deduce naturalmente que debe llegar el primero, recibir a las hermanas y hermanos a su llegada y asegurarse de que los visitantes son masones reconocidos.

El Venerable Maestro le habrá comunicado las palabras anuales o semestrales de las obediencias con las que existen acuerdos de reconocimiento mutuo.

Uno de sus primeros deberes es presentar a los recién llegados al venerable maestro después de que hayan sido reconocidos. Para este fin y para evitar malos entendidos, el guarda templo posee un conocimiento perfecto de los acuerdos firmados por su obediencia con sus homólogos. Deberá igualmente conocer las circulares de su obediencia que en ocasiones muy fraternalmente autorizan la visita de representantes de obediencias mucho más cerradas desde el punto de vista de la hospitalidad.

Este primer contacto caluroso es muy importante para con

cualquiera de la familia a quien no se conozca. El visitante que llama a la puerta suele estar un poco inquieto sobre el recibimiento que se le tiene reservado, sobre todo si se encuentra solo y es la primera vez que visita el taller.

El guarda templo debe ser amistoso.

So pena de perturbar la tenida, el guarda templo debe abstenerse de dar entrada en el templo a un rezagado mientras que el venerable maestro procede a la apertura de la logia, el secretario lee el trazado de los últimos trabajos, el orador emite sus conclusiones sobre un asunto que deba votarse o bien cuando el gran experto recoge dicho voto. Según la costumbre, un golpe en la puerta invitará a la paciencia al retrasado.

Si vamos un poco más allá en el estudio simbólico de la función del guarda templo, constataremos que la luz que sale del este se oculta por el oeste, y entonces vemos que se trata de un puesto clave como barrera a la oscuridad siempre amenazante y para dejar pasar la luz con el fin de que llegue más allá, es decir al mundo profano.

Detengámonos aquí un instante. En este punto se encuentra un deber de guarda templo frecuentemente ignorado: cerrar el paso a la oscuridad, preocuparse también de preservar el espacio sagrado y estar vigilante sobre lo que transcurre en la tenida con el fin secundar a los vigilantes y al venerable maestro. El sentido de la medida y algunas dosis de humor le ayudarán en su tarea.

Rechazar la oscuridad consiste también en prestar la máxima atención durante las audiciones bajo venda, puesto que sabemos bien cuales pueden ser las consecuencias de una decisión incorrecta.

En fin favorecer la luz para que su resplandor llegue lo más lejos posible en el mundo profano es un mensaje claro que cada uno debe entender, sentir y poner en práctica, puesto que de él se deriva simplemente nuestra razón de ser.

Parece evidente que estas responsabilidades del guarda templo deben ser compartidas entre todos, pero es importante que este

sea consciente de que él debe estar en primera línea.

Esto nos permite desarrollar otra cuestión: frecuentemente se puede constatar que el gran experto se ocupa del silencio en las columnas, el tesorero plantea un problema de ritual y el maestro de ceremonias informa de los ausentes. Estos no son más que ejemplos concretos cuyo propósito es ilustrativo, pero debemos tratar de actuar con moderación, porque todo el mundo de buena fe puede inmiscuirse en el trabajo de otro, lo que impide a éste ser consciente de su responsabilidad y restarle dedicación, sobre todo si existe falta de confianza.

La vida masónica es normalmente larga, por ello no dudaremos en cultivar nuestro jardín y profundizar en nuestra obligación, en sus aspectos reglamentarios, humanos, iniciáticos y no tomaremos parte en el trabajo de otros más que cuando nuestra tarea haya llegado perfectamente a su fin y ello con tacto y discreción.

Tras haber cumplido, el ex-venerable maestro convertido en guarda templo debe servir al taller y asistir a su sucesor.

¿En que forma hará esto?

Por lo que se refiere al servicio al taller, procurará ahora mantenerse discretamente atento, sustituyendo a quien haga falta obrando siempre con utilidad y humildad.

Ayudar a su sucesor comenzando por abandonar cualquier nostalgia y dejando al nuevo venerable maestro instalarse y tomar la medida del trabajo a acometer, sonreír interiormente de los pequeños errores que nos recuerdan los nuestros, pero evitando discretamente ponerlos de manifiesto y no dar consejos más que cuando le sean solicitados, siempre de forma mesurada.

Tengamos siempre presente el espíritu de este pensamiento: “el profesor da consejos, el maestro ejemplo”.

El nuevo venerable maestro quizás sea alguien con quien no estemos totalmente de acuerdo, alguien con quien hayamos tenido alguna disputa, o más prosaicamente, alguien que haya optado a nuestro puesto y resultado elegido.

¿Que actitud debemos adoptar?

Finalmente debemos preguntarnos sobre el significado de la palabra democracia y lo que esto implica. Por lo que se refiere al desacuerdo, estaríamos ante una pequeña prueba que el masón debe superar sin dificultad: o bien presenta un comportamiento totalmente profano que demostraría a todos, comenzando por él mismo, que no ha avanzado ni un paso, o bien los años pasados en masonería han dado sus frutos y tendrá la sorpresa de constatar que, muy a menudo, la base de todo está en la incomprensión o el desconocimiento del otro, o de sus propósitos. En todo caso, y aunque existieran otras razones objetivas, un masón deberá anteponer la calma de la logia por encima de su amor propio o su nuevo papel de “guardián del templo” intransigente.

Ceder, en masonería como en otras circunstancias, puede ser beneficioso.

El maestro de ceremonias

El de maestro de ceremonias es un puesto considerado con mucha frecuencia, sin razón, como secundario. Habitualmente es ocupado por un joven maestro sin experiencia real, esto puede acarrear consecuencias sobre el valor simbólico del puesto si no ha sido aprendido o por lo menos sugerido.

Su función es conducir, mostrar el camino a los hermanos y hermanas en la obra. Debe hacerlo en primer lugar en tanto que maestro, en segundo lugar en tanto que maestro de ceremonias.

Por tanto se debe desplazar según las reglas, es decir según la norma marcada para cada uno de sus desplazamientos símbolo vivo de la necesidad de reglas, de respetarlas, de la cohesión del grupo que ellas representan, así como la necesidad de su existencia para llegar a una meta elevada. Consciente de que no somos más que ejemplos, buenos o malos, pero que seremos seguidos.

Comienza con el pie correcto, izquierdo o derecho según los ritos, y si comete el error de no hacerlo el masón verá ahí el signo de la emoción o de la dificultad de concentrarse y no se lo reprochará puesto que todos conocen la forma correcta de desplazarse.

Evitará atravesar o hacer atravesar el espacio comprendido entre la mesa del venerable maestro y el ara de los trabajos. El venerable maestro deberá inspirar el trabajo del taller simbolizado por el ara, y todos los miembros de la logia deberán asistirle, interponerse entre ambos, en el espacio sagrado de una logia abierta, constituirá una especie de eclipse y no podrá ser considerado más que como una torpeza.

Está provisto de un bastón, como el de peregrino, blanco (marfil) y negro, nos evocará cualquier imagen y podrá apoyarse sobre él y sus símbolos: derecho, resistencia, protección, ayudar a los demás a sobreponerse de la fatiga que podrá adoptar en masonería diversas formas.

Más allá de los desplazamientos, deberá prestar atención a la logia como obra en construcción, saber lo que pueda necesitar, es decir prestar su ayuda al colegio para llevar reconducir una discusión que se pierda en meandros profanos, ser sensible al trabajo que se desarrolla bajo sus ojos y señalar cualquier debilidad que haya observado en el ensamblado de las piedras: ¿no faltará un poco de cemento, es decir, enlace, entre estos dos hermanos?

El maestro de ceremonias prepara el templo, normalmente asistido de los aprendices. Es en este momento el principal ayudante del vigilante, puesto que les hará descubrir, explicará, situará en el espacio: ¿ donde estoy yo, por qué ?

Gracias a sus enseñanzas, los aprendices encontrarán su camino más fácilmente, percibirán el plano del futuro edificio o simplemente sabrán más fácilmente a donde dirigirse.

Según ciertos rituales, el maestro de ceremonias introduce al colegio de oficiales en el templo, y le precede portando un candelabro encendido de tres estrellas, hasta el oriente, donde queda depositado.

Cómo no ver este símbolo luminoso: llevar la luz en el templo es el trabajo prioritario de los oficiales del taller y el compromiso, una de las numerosas formas de verlo.

El candelabro, formado en este grado por tres estrellas dispuestas en triángulo puesto en alto, simboliza la luz del espíritu que debe elevarse hacia las cimas de la consciencia pura, completa las tres luces de la fuerza, la sabiduría y la belleza, que deben iluminar todo el espacio en el que se mueven los masones, desde el oriente hasta el occidente.

En su recorrido la luz iluminará en primer lugar la columna del norte y será depositada en el lado sur de la mesa del venerable maestro donde permanecerá durante toda la reunión.

Se manifiesta así que el venerable es la (primera) luz de la logia e ilustra igualmente que la luz viene simbólicamente del oriente. Su paso por el norte debe predisponernos a reservar nuestras primeras luces para los aprendices en formación.

En esos mismos rituales, al cierre de los trabajos, el maestro de ceremonias toma otra vez el candelabro y, precediendo al venerable maestro, los oficiales, los visitantes así como a las hermanas y hermanos del taller, conduce la luz al exterior del templo, lo que es una invitación simbólica a hacer lo mismo.

Obremos de modo que esto no sea solo un símbolo. No es necesario ver en el orden de salida del templo una prelación sino la responsabilidad que tienen en primer lugar quienes se sientan en el oriente.

La luz realiza de este modo el giro completo a la logia, circula como debe hacerlo la palabra (iluminando) y habiendo expulsado a las tinieblas de todo el templo y el fuego, esperémoslo, habiendo fundido los últimos metales.

Nadie, en ninguna época, en ningún ritual conocido, ha demostrado la necesidad de invitarnos a retomar los metales, aunque queridos, depositados al entrar a la puerta del templo.

Para algunos la tenida ha finalizado, el ejercicio está cerrado, por tanto volver a ser profanos es natural, visto normal, hasta la próxima vez.

Un masón no debe nunca volver a sentirse profano y si no somos santos, deberemos siempre ser conscientes de nuestra condición de iniciados.

Cada vez que salimos del templo podemos medir durante cuanto tiempo somos capaces de conducirnos como masones. En ocasiones, por desgracia a pesar de la hora, ni siquiera será hasta mañana. Sin embargo podremos resistir, tener un atisbo de

lucidez y de coraje y dar ejemplo de ser un auténtico masón, al menos durante unas pocas horas.

De la misma manera, antes de llegar al templo, pensemos en deshacernos de nuestros metales, tan pesados y que llegan a incapacitarnos, lo antes posible durante el día, comenzando de esta manera el trabajo masónico antes de la hora oficial, para nuestro mayor beneficio. Después, fortalecidos, podremos ponernos en guardia y poco a poco ganar tiempo hasta hacer que el espacio entre dos tenidas sea un auténtico momento masónico. En este instante, y sólo en él, habremos merecido totalmente el título de francmasones.

El maestro de ceremonias nos hace llegar otro mensaje llevándonos al oriente y dejándonos al pie de los escalones. El mensaje es el siguiente:

La masonería puede enseñarnos y colocarnos en el camino, pero en un momento dado deberemos realizar los esfuerzos necesarios para acceder a la máxima luz.

La francmasonería es una escuela de esfuerzo.

No se verá jamás al maestro de ceremonias dar marcha atrás. Una orden del venerable maestro, un momento en el ritual o incluso cualquier imprevisto podrán detenerle momentáneamente, nada, simbólicamente, deberá hacerle abandonar su camino hacia la luz. Si no termina la acción de manera justa y perfecta como puede ocurrir en ocasiones, volverá a su punto de partida efectuando una vuelta alrededor del templo con el fin de permitirle una evolución.

Tal acción será para nosotros el ejemplo de la perseverancia en el trabajo, de la superación de las dificultades, del método a utilizar y la esperanza que no debe jamás abandonarnos.

Es la imagen del tiempo, de las estaciones que vuelven, los años que recomienzan, y parece que nos dice en cada uno de sus recorridos “sígueme en el camino hacia el oriente”.

Maestro de ceremonias es un título que merece nuestra atención. Una ceremonia, por fraternidad para con el recipiendario, por respeto hacia las hermanas y los hermanos que nos han confiado este puesto, por el último incorporado que podrá revivir la ceremonia desde otro punto de vista, porque nos permite aprender el ritual, por éregor, en fin, debe salir bien.

Debemos conocer el ritual como los dedos de nuestra mano, con el fin de liberarnos y transmitir siempre el calor de la emoción que lo embellece.

El maestro de ceremonias es, en cualquier caso, el regidor del taller. Es muy importante comprender la importancia de los detalles que permitirán, por su perfecta ejecución, liberar la atención del gran experto y del venerable maestro que deben conseguir que vivamos la magia de la reunión y hacerla inolvidable para algunos y satisfactoria para otros. Este será nuestro auténtico salario, haber cumplido con nuestro deber, con emoción y placer, más allá de su estricta definición, si es posible, en cualquier puesto en el que nos encontremos.

Cumplir con su deber es simplemente estar en su sitio a las órdenes del venerable maestro durante la reunión. Estemos donde estemos, en el mundo profano, en familia, en masonería, tendremos un deber que cumplir, una responsabilidad que asumir, una función a ejecutar y el mérito se basará no en el prestigio del puesto sino simplemente en el modo en el que lo llevemos a cabo, por modesto o prestigioso que sea.

El tesorero

*E*s ante todo un hermano, una hermana que conoce la psicología y que no se arredra.

El tesorero debe a la vez pedir y entregar las cuentas.

La prosperidad material de la logia depende esencialmente de su sensatez y nadie desconoce cuán difícil resulta solicitar dinero a un hermano o una hermana. Es aquí donde la psicología interviene.

Tiene presentes en primer lugar los gastos de la logia, por ejemplo el alquiler o las capitaciones abonar a fecha fija.

Si su conducta fuese negligente podría surgir la parálisis del taller y porque no, si su actitud abundase, la de toda la Obediencia.

En segundo lugar, debe saber que cualquiera puede tener un retraso, pero también que nuestra diligencia debería poder permitir a un hermano o hermana diferir, fraternalmente, su aportación sin generar problemas al tesoro.

El tesorero no es únicamente un amante de las cifras sino quien ama a sus hermanos y hermanas, les conoce lo suficiente y sabe encontrar el momento, la manera y el tono para conseguir su objetivo en el interés de todos.

Sabe a quién puede pedir la cotización en su integridad, de una sola vez y a quien se deben dar facilidades, que si se hace a tiempo, permitirán a este hermano o esta hermana hacer frente a su obligación fácilmente.

No debe descansar en la buena gestión de sus predecesores que pudieran haberse aplicado y conseguido un margen que permite hacer frente a imprevistos, ni presentar un balance de fin de año con retrasos que puedan referirse a varios ejercicios.

Toda demora advertida con rapidez es recuperable sin grandes

esfuerzos, todo atraso importante obligará al venerable maestro hacerse cargo del problema, tratarlo con el Consejo de administración de la logia y así, poco a poco, pasar de una sociedad iniciática a encontrarse en medio de asuntos totalmente profanos.

Debe, en efecto, tener presente la sensibilidad de las hermanas y los hermanos toda vez que una situación de precariedad es siempre difícil de vivir y todavía más de confesar. Será en este momento cuando la palabra fraternidad adquiera todo su sentido. Aquí reside la mayor cualidad de un tesorero: la discreción. Más allá de las acciones directas tendentes a generar una mejor gestión, las dificultades deben limitarse expresamente al triángulo venerable maestro, tesorero y masón en dificultad. No se le escapa a nadie que el lugar, el momento y el tono en el intercambio de informaciones será primordial.

El trabajo del tesorero no consiste en tener siempre más dinero en caja sino de que con tacto, y diplomacia, consiga cobrar todas las cotizaciones y hacer uso del tronco hospitalario, por intermedio del venerable maestro, si fuese necesario, para solucionar rápidamente un problema que afecte a un hermano o hermana con problemas y que si no se acomete al tiempo puede alejarle del taller, y perder así una palabra.

Si nuestro tesorero es el primero de una logia recientemente instalada, todo el camino está por hacer: deberá abrir lo antes posible las cuentas de la logia gestionándolas rápidamente y aprovechando en el entusiasmo engendrado por la creación de un nuevo taller para ser, si es posible, un poco más exigente.

Aunque estamos en masonería y por tanto la confianza ha de ser total, el tesorero debe ser estricto y claro en sus cuentas, conservando los justificantes de los gastos, y cuando esto no sea posible, hacer avalar el gasto al venerable maestro.

El oficial, guiado por esos importantes maestros que son la discreción más rigurosa y la transparencia, debe estar siempre dispuesto a un eventual control por los miembros habilitados

para ello, ya sean del taller o de la obediencia.

Por otra parte es importante que el tesorero tenga claro que su función no es la de atesorar.

Más allá de una cierta suma considerada como garante del futuro y de los imprevistos, decidida por el taller, él debe advertir al venerable maestro de dicha disponibilidad, que puede ser empleada para ejercitar a la solidaridad masónica que debe siempre estar presente y su espíritu compartido por todos los miembros de la logia.

En algunos talleres que han decidido ir más allá sobre el camino delicado de la igualdad, cada uno abona su cotización en función de sus ingresos.

Todos confían en todos, las cotizaciones representan proporcionalmente el mismo cargo para todos los miembros del taller, será precisamente el tesorero quien designará la horquilla en la que estás se situarán. Obteniendo los ingresos necesarios para cubrir las necesidades del año, las pérdidas sobrevenidas, como las que corresponden a posibles atrasos, por ejemplo, serán equilibradas por las aportaciones de aquellos a quienes la vida ha situado en una mejor posición económica.

Es necesario que el espíritu masónico reine para que esta práctica sea adoptada y seguida, requiere e induce a un gran respeto hacia los demás e ilustra perfectamente la solidaridad discreta y generosa.

El hospitalario

*E*n ciertas épocas y en algunos rituales una luz brilla sobre el sitio del hospitalario en el momento de la entrada en logia y permanece encendida hasta la salida de los hermanos y hermanas, la solidaridad no puede depender ni de un tiempo, ni de un lugar. Este símbolo ha desaparecido prácticamente. Debería recuperarse. Tanto por el simbolismo que representa como para la propia vida del taller cuando un problema hace que el oficial se encuentre ausente, esto resulta prejudicial.

La solidaridad, la caridad misma, han devenido en virtudes capitales, ya que el sentido del deber hacia los hermanos y hermanas, y consecuentemente hacia la humanidad, se encuentran en general en regresión o cuando menos escasamente cultivados. Nuestro hermano o hermana hospitalario debe ser una piedra perfectamente pulida. El hospitalario es como el buen pastor, atento a todos y sensible a cada uno. Cargado de buenas intenciones y de la seguridad de la logia, su atención y su sensibilidad debe estar particularmente afilados ya que debe cumplir los encargos destinados a solucionar problemas, las dificultades, en ocasiones la enfermedad de algunos de los miembros del taller y todo esto con el más exquisito cuidado. No olvida en efecto, que al igual que sus hermanos y hermanas, gusta de la justa proporción y debe decidir, a riesgo de aumentar la pena de quien la sufre, si resulta más útil una visita, un correo, una pequeña atención de parte de la logia o bien una ayuda más material y puntual de parte del taller, o su caso, de parte de la obediencia.

En ocasiones, será a un hermano o una hermana, al fin de su vida, al que deberá acompañar organizando visitas regulares y manteniendo el enlace hasta el final. Nuestro hospitalario dará

entonces todo su valor a la frase del rito de iniciación que nos dice «el amor es más fuerte que la muerte».

Deberá ser un viejo masón, dispuesto a comprender, porque las conoce bien, las vicisitudes de la vida. En ocasiones en su tronco encontrará piezas de poco valor. Algunos se indignan, otros lo verán como una señal de alerta que les pondrá más atentos. El signo «a mí, los hijos de la viuda» puede tomar estas formas.

En cada reunión, él debe ser capaz de informar a sus hermanas y hermanos sobre la enfermedad o la ausencia regular un miembro. No debe renunciar a sugerir sus propias iniciativas para asistir o socorrer.

Su mirada debe también ir más allá de las columnas y es de su incumbencia proponer la contribución colectiva, a cuestiones masónicas o profanas, a la apreciación del taller. De la misma manera que el tesorero, el hospitalario debe ser el confidente privilegiado del venerable maestro, a fin de organizar la acción justa y... discreta.

La publicación de sus cuentas respetará las reglas elementales, pero importantes, del secreto en cuanto a la beneficencia, que como toda asociación iniciática contemporánea tiene hoy aspectos profanos, cada gasto importante debe estar sujeto a la firma por el venerable, responsable ante de la logia y la obediencia.

Los expertos

*P*rimero y segundo, instalados con el colegio, no son más que dos oficiales de reserva.

Si se escogen correctamente, están en condiciones de echar una mano e incluso reemplazar perfectamente al gran experto durante una tenida regular o incluso en cuestiones más complicadas como una ceremonia, con toda la perfección posible que se les supone, incluso con varios recipiendarios.

Que existan dos adjuntos situados a los lados del gran experto es la vez un signo que nos debe sensibilizar: estamos ante todo y sobre todo en una sociedad iniciática.

Si esto dos adjuntos tienen su puesto en logia y participan en el colegio de oficiales es para instruirse específicamente, dado que deberán vivir mañana, de la mejor manera posible, el ritual y sus símbolos, y también asegurar la transmisión iniciática. Su lugar en logia formando con el gran experto una escuadra no es fruto del azar.

Toda preocupación administrativa, reglamentaria, financiera, aunque sea útil y necesaria debe dejar paso a la parte bella, aquella para la que nos reunimos:

Hacer vivir una sociedad iniciática.

El gran experto

Junto con el venerable maestro, es sobre quien reposa la responsabilidad de las iniciaciones, aumentos de salarios y otras ejecutorias de ritual.

En la apertura de los trabajos es a quien se dirige al venerable maestro con el fin de disponer las herramientas simbólicas y abrir el libro de la ley sagrada. Es también el que sitúa el cuadro de logia, permitiendo que los trabajos simbólicos comiencen. Es también, según algunos rituales, el encargado de proceder a la iluminación del templo. En cámara del medio es quien se dirige al venerable para verificar la seguridad de los trabajos.

De su “buen” oficio depende nada menos que la instrucción de los aprendices y otros miembros asistentes, la necesaria y perfecta ejecución del ritual, la calma y la serenidad de los otros oficiantes, el primero de los cuales es el venerable maestro, enfrente el recipiendario, el debido respeto de la logia en una ceremonia, acto único en su vida, inolvidable.

Situado a los pies del oriente, armado de su espada, es su defensor. Defender el oriente, es defender la Luz que toma forma del ritual y su respeto, en lo que le concierne.

El ritual tiene una función pedagógica, unificadora e iniciática que sólo una excelente interpretación permite aprovechar. Cada palabra, cada gesto, cada situación es una manifestación simbólica dispuesta a revelarse a quien quiere hacer el esfuerzo de buscar y no simplemente de ver.

Esa es la razón por la que los detalles, el conocimiento perfecto de los textos, los desplazamientos, las posiciones, los cambios, son importantes. Todo debe ser controlado, su ojo todo lo ve, su

espada está dispuesta a separar «lo verdadero de lo falso», la regla le invita a un viaje infinito sobre bases sólidas.

Un pequeño detalle recurrente en la gestualidad masónica: ¿cómo apagar una llama después de haber iluminado los pilares que simbolizan la sabiduría, la fuerza y la belleza?

Se ha visto alguna vez a un masón soplar sobre la luz!

Aquí todo es símbolo, el soplado de un masón destruyendo la luz es por tanto un acto que debe ser eliminado totalmente.

El mismo ritual, cuando es compartido por todas las logias, crea un enlace masónico entre los hermanos y las hermanas que reflexionan sobre los mismos aspectos simbólicos. Es también un lenguaje común que permite a los visitantes extranjeros que trabajan en el mismo rito aprovechar mejor el carácter internacional, el valor universal de la Francmasonería.

La elección del ritual, cuando es posible, permite una reflexión a priori sobre la orientación de la logia lo que podrá informar a eventuales postulantes y evitar así cualquier malestar posterior.

Ritual reducido y despojado de aspiraciones sociales, adornado de espíritu religioso para unos, laicista para nosotros, estotérico para los fervorosos, cada uno deberá encontrar material para la interrogación y la evolución en función del camino escogido. Cualquiera que sea el ritual utilizado, por más inusitado que sea, el gran experto debe tratar siempre comprenderlo, aunque en ocasiones deba ser explicado y situado en el contexto de su época, y que su valor no es folclórico sino perteneciente al pensamiento iniciático.

El gran experto oficia igualmente con ocasión de las votaciones del taller. Recoge los votos, siendo seguido por el maestro de ceremonias que está encargado de recoger el contra voto. Como el maestro de ceremonias no puede a la vez preceder al gran experto y recoger el contra voto, estamos en presencia de uno de

los raros casos en los que aquel no abre la marcha. Este orden que es totalmente lógico, aunque no del todo ortodoxo, evita los problemas de una votación irregular y de posibles y perjudiciales errores, como la llegada al sitial del Venerable Maestro del contravoto antes del voto el mismo.

El gran experto asiste al recuento de los votos y se convierte de este modo con el orador y el venerable maestro en garante de su regularidad.

Es, en fin, portavoz muy ocasional de los aprendices que necesitan expresar un agradecimiento o aportar una precisión, fuera del trabajo masónico.

Es quien recibe al profano y le lleva al gabinete de reflexión.

Este primer contacto deberá ser hecho por un experto que intuya rápidamente si tiene delante a una persona sensible a la que dar confianza, una persona emotiva a quien deberá calmar, ante un profano aterrizado al que deberá llevar a una realidad, en todo caso bastante simple. Puede ser que se encuentre frente a una persona con una aparente relajación que presagie la falta de la necesaria seriedad en el desarrollo de la ceremonia. En este caso deberá dedicar un tiempo para mostrar la importancia de lo que está en juego.

De la misma manera, después del pase bajo venda, su continua presencia cerca el profano, y en ocasiones algunas palabras a media voz, podrán permitir un entretiem po más distendido y sin ambigüedad.

Comparte con el guarda templo la oportunidad de retejar a los visitantes, debe conocer las convenciones que nos unen a otras obediencias, así como las palabras anuales o semestrales.

Si es el primer gran experto después de un encendido de luces, su competencia y su dedicación serán las garantías de la perfecta imagen de un servidor del ritual del que cada uno de sus sucesores guardará memoria y vendrá a imitar, asegurando así la transmisión iniciática.

El secretario

*E*n el secretario se aúnan secreto y silencio, es decir su función reúne el tacto en sus informes y la discreción sobre las múltiples informaciones que puede serle confiadas.

Situado al oriente, debe iluminar a sus hermanos y hermanas en aquello que es de su dominio: la memoria de la logia. En él está la memoria objetiva, lo que exige una cierta experiencia, puesto que es «juez y parte» según la conocida expresión. Escribe el trazado de los trabajos, sin rehacer la tenida, sintéticamente, todo lo que sea relevante y esencial de la reunión: correos oficiales, planchas, piedras aportadas a la construcción antes que el nombre del masón que haya intervenido, salvo que se trate de un visitante, elementos importantes de la reunión, sin perderse en los detalles. Los problemas serán siempre evocados con la medida necesaria, los momentos de alegría sin énfasis inútil.

Redactará las propuestas del consejo de administración habido en cámara del medio, hará su presentación exhaustiva pero en ocasiones voluntariamente edulcorada, deberá informar de aquellos asuntos que deban ser conocidos por los aprendices con el fin de que no se hallen demasiado alejados de la vida de la logia, y dirigirse a los compañeros y los maestros que deberán dar su aprobación.

Es a quien incumbe la redacción de todas las planchas enviadas por la logia, firmadas por las tres luces del oriente.

Deberán ser evidentemente calurosas para los acontecimientos felices, fraternales para los comunicados entre logias, precisas y absolutamente conformes a los reglamentos en vigor para todo

litigio o informe a la orden.

Tiene igualmente la función de archivero de los trabajos del taller, del correo recibido y expedido, de las circulares emanadas de la obediencia, anualmente deberá hacerse, por las tres luces, una clasificación para separar lo útil de lo prescindible.

Mantiene el día del libro de oro de la logia y posee, como el hospitalario y el venerable maestro, al menos, la lista de todos los miembros del taller y los medios para reunirlos. Recogerá también todas las informaciones útiles para la correspondencia con los otros talleres, la Federación o la Obediencia.

El orador

*E*s el depositario y el guardián de la ley.

Por depositario se entiende que tiene siempre a su disposición, sobre su mesa, los reglamentos en vigor y la constitución de la Orden. Puede, de esta manera, responder a una demanda del venerable maestro o hacerle una precisión a demanda de un hermano o una hermana.

Es el garante de la memoria de los trabajos, al verificar los detalles (con su firma), por ejemplo, de las autorizaciones necesarias para la iniciación de un profano.

Es bueno que aproveche las oportunidades que le brindan los pases bajo venda, las elecciones, etc., por recordar los artículos concernidos, con el fin de que por este buen hábito los hermanos y las hermanas memoricen los procedimientos para que desde este punto de vista todo sea «justo y perfecto».

Guardián de la ley, significa en primer lugar conocerla. Antes de cada reunión, es relativamente fácil reflexionar sobre los artículos susceptibles de ser evocados, es necesario para respetar esta ley que recordemos es común a todos. No debe limitarse al rigor absoluto, es absolutamente necesario que tenga siempre presente el espíritu de la ley y no transgredirlo.

Ignorar un simple detalle puede puntualmente considerarse venial, la pérdida de su espíritu es poner en peligro la estabilidad del edificio.

Todos evolucionamos, los reglamentos también, y si éstos no lo hacen a la misma velocidad que nuestras necesidades, utilizará los momentos adecuados para hacer las propuestas de reforma que crea convenientes. He aquí toda la sutileza del orador, puede convenir a título personal que tal reglamento envejece, debe, en

tanto que responsable, informar que debe ser objeto de estudio y de acuerdos, precisar las modalidades de modificación y... tener suerte.

Puede, igualmente, prevenir fraternalmente al venerable maestro de las consecuencias de tal o cual decisión que, si se pone en marcha, se convertirá en contradicción con la ley masónica, y por tanto, y evidentemente, debe proponer soluciones alternativas.

Puede hacerlo precisamente por ser un perfecto conocedor de la ley.

En logia debe mantenerse por encima de las simpatías y afinidades y de otros sentimientos menos constructivos, pero debe recordar que forma parte de un colectivo.

Su misión no es influir en el desarrollo de la reunión, ni desestabilizar al venerable maestro mediante intervenciones demasiado frecuentes, que pueden impedirle sobrellevar su pesada carga, la primera obligación de la logia: asegurar la transmisión iniciática en todos sus aspectos. Hay que insistir sobre su papel de pedagogo y moderador: debe conocer la diferencia entre un pequeño error sin consecuencia que podrá rectificar tras la tenida y aquello que debe ser corregido durante los trabajos porque sea claramente contrario a la ley, pero también porque puede crear un precedente que puede resultar fatal, pudiendo ser invocado un día para aceptar otro y así sucesivamente...

Puede ocurrir, en alguna ocasión, que algún hermano o alguna hermana no estén dispuestos a aceptar las conclusiones del orador y que todo el taller le siga.

En esa situación el orador debe, en primer lugar, hacer prevalecer la calma, es decir demostrar su maestría, nadie es infalible, y pedir que sus conclusiones sean consignadas en el trazado de los trabajos. Una nota será remitida a las autoridades correspondientes, por mediación del venerable maestro. Recordémoslo, la logia no puede ser un lugar de enfrentamiento o de búsqueda de poder, sino de armonía, y recordemos también que no estamos aquí para convencer sino para comprender.

Más agradables son los trazados de bienvenida dirigidos a los nuevos aprendices, aumentos de salario y otras afiliaciones. Será bueno que sean escritas para cada caso en particular, con el calor del afecto que sigue a cada ceremonia y sobre todo dignas de una sociedad iniciática.

En ciertas obediencias, el orador es el encargado de hacer un resumen de los trabajos del día. Será claro y preciso, no se trata de demostrar sus conocimientos o ser absolutamente exhaustivo, sino de señalar aquello que ha sido importante esa noche, que deberá quedar en el espíritu y utilizarse en el camino.

Los vigilantes

Los vigilantes tienen como atributo el malleto, símbolo del mando.

Este momento de su vida les proporcionará una buena ocasión para reflexionar sobre la autoridad, su función, límites y consecuencias, el concepto que debe tener en masonería. Su misión fundamental es la transmisión, la enseñanza de las virtudes masónicas, de los medios puestos a disposición de los aprendices y de los compañeros para entrar realmente en este espacio sagrado y acceder a los contenidos iniciáticos.

Es la oportunidad de hacer un viaje hacia nuestro propio pasado y recordar nuestras expectativas, decepciones, descubrimientos y también momentos de felicidad, cuando nos encontrábamos en el otro lado.

Es el momento de trabajar el oficio. El momento del discernimiento, de la competencia así como de la responsabilidad. Aceptar ser responsable de los aprendices o los compañeros, es nada menos que aceptar ser tenido por moralmente responsable de su instrucción, en lo que a su calidad, pertinencia o consistencia se refiere. Después, a los doce meses o los diez años, el trabajo rendirá sus buenos o malos frutos.

En el plano práctico es recomendable que los vigilantes de hoy hayan participado en instrucciones precedentes en tanto que maestros invitados. Se trata del mejor medio de tomar conciencia de la carga de trabajo, conocimientos y pedagogía que requieren. Puede ser recomendable que las primeras reuniones se desarrollen sin la presencia de otros maestros con el fin de crear el grupo y su referente. Más adelante, la presencia de invitados enriquecerá la reunión de instrucción, será menos monótona, evitará la

tentación de lecciones magistrales y de relaciones jerárquicas. De esta manera se creará un espacio útil a todos, también a los... futuros vigilantes.

Reunirse en casa de unos u otros se deja a la apreciación del grupo, pero esto permitiría un mejor conocimiento del hermano o la hermana viéndole desenvolverse en su espacio personal cuando esto sea posible.

El segundo vigilante

Su lugar en la logia puede variar, su responsabilidad se mantiene inmutable. Vigilante, significa que alguien es un vigía. Es el responsable de la columna del norte donde se sientan los aprendices, distribuye la palabra por orden del venerable maestro y ayuda a aquel a mantener un clima de serenidad y lucidez.

Con su homólogo, el primer vigilante, se une al venerable maestro para abrir y cerrar la logia y los trabajos.

Por indicación del venerable maestro se asegurará de la regularidad de cada uno de los asistentes en la forma acostumbrada. Su homólogo hará lo mismo, destacando mejor que cualquier otro símbolo, la vigilancia y la verificación del trabajo desde dos puntos de vista diferentes.

¿En cuántas ocasiones en el mundo profano o en la masonería verificamos la verticalidad de la construcción que vamos a levantar, mediante palabras o acciones?

Vigilante, es el momento de recordar que ser francmasón no es una cuestión de gestos o de decoraciones sino también, y sobre todo, de asegurarse que todo el mundo tiene asumido el comienzo del trabajo sobre uno mismo, que la igualdad reina en el trabajo y que un hermano o hermana no debería ser dejado en el camino.

El vigilante participará igualmente en la iluminación del templo. ¿Cómo no estremecerse ligeramente ante tal responsabilidad y lo que ello exige?

Responsable de los aprendices, él no puede ser otra cosa que un ejemplo irreprochable si desea tener algún crédito y no resultar él mismo la copa amarga.

Representa la belleza masónica, es decir, que debe estar atento

igualmente a la belleza del gesto y de la palabra. Abierto, servicial, fraternal, no debe olvidar el collar, llevando o no de la espada que nos recuerda a la caballería y sus valores. Parafraseando al poeta, debe “tener el primer gesto y nunca la última palabra”. La belleza de la palabra, es la sobriedad, la concisión, la transparencia de un soplo constructivo y fraternal.

La belleza es también la búsqueda de la armonía, en los actos, en las palabras, en las relaciones humanas, que nunca se nos da por adelantado. Debe igualmente marcar sus competencias y por tanto conocer sus límites intelectuales, humanos, masónicos, saber aceptarlos, tener la honestidad intelectual de reconocer cuando un hermano o una hermana está “ya más lejos”, este masón puede no ser más que un aprendiz. Es el caso más claro de enriquecimiento común y recíproco porque todo vigilante aprende de todo aquel al que instruye.

El segundo vigilante es un poco como el jardinero que no tiene un plan preestablecido para cultivar sus flores y que no ignora la importancia de la atención que debe darse a todos los jóvenes brotes (neófitos).

Sabe observar la naturaleza de la planta que le ha sido confiada y descubrir las enseñanzas que mejor vendrán a su desarrollo que es también el de toda la logia: su florecimiento.

Algunos necesitarán mucha luz(ces), y de un buen tutor, otros lo mínimo para desarrollarse solos.

Algunos son frágiles y otros están dotados de defensas naturales, algunos magníficos a los que no deberá privilegiar y otros pequeños y tímidos a los que deberá revalorizar.

Si es de los jardineros poetas, nuestro segundo vigilante se debe convertir en jardinero psicólogo.

La logia, con el primer vigilante, hará la recolección que le habrá preparado nuestro vigilante jardinero. Podremos recibir el salario en el momento o después de algunos años, con el sentimiento del deber cumplido.

¿Qué debe enseñarles a los aprendices?

Siendo tanto lo que se puede aprender sobre cualquier cosa, la labor del segundo vigilante es de las más delicadas, hasta el punto de que algunos llegan a comparar esta responsabilidad con la del venerable maestro.

Sin seguir esa línea, es forzoso constatar la dificultad del ejercicio, que se puede resumir en unas pocas palabras: enseñar a aprender a iniciarse.

En efecto, la magia de una única reunión no puede hacernos adeptos puestos sobre el camino iniciático. Sólo el trabajo duro nos permitirá convertirnos en auténticos iniciados.

Por ello, es imperativo mostrar al candidato a alcanzar la sabiduría, que esta comienza por poner un poco de orden y eliminar muchos de los puntos muertos que sobrecargan nuestro espíritu y nos impiden estar disponibles para asumir nuevas formas de pensamiento y de conocimiento. En general, muchos de nosotros tenemos una opinión a priori sobre la masonería y sus aspectos iniciáticos por cuya asimilación estamos seguros de ser cualificados.

El camino iniciático comienza por desnudarse.

Continuando, no olvidemos que el aprendiz es ante todo un ser humano libre, y si es necesario deberemos iluminar sus primeros pasos sobre el camino, el papel superior de un vigilante es de darle el impulso necesario para que pueda continuar su curso por sus propios medios, no olvidando nunca que lo que es golosina para uno puede ser veneno para otro.

Si nuestro aprendiz puede dejar su columna simplemente comprendiendo lo mucho que le queda por comprender y que por ello debe ser modesto en sus afirmaciones, más dispuesto a la reflexión y a informarse antes de actuar, nuestro vigilante recibirá ya un adelanto de su salario.

Tal y como sugería Víctor Hugo nosotros “no enseñamos más que lo que somos”, el aprendiz debe asimilar e integrar algunas nociones básicas antes de viajar al sur.

Por ejemplo, que no le basta haber escuchado hablar acerca del conocimiento iniciático para ser candidato a este conocimiento, del mismo modo que no se puede hablar útilmente de física nuclear con personas que carecen de los rudimentos matemáticos. Se equivocan quienes piensan que no es necesario realizar todo el aprendizaje y que algunos fragmentos cogidos aquí y allá bastarán para aportarles lo que necesitan.

Igualmente, la búsqueda de la verdad es contrario a la búsqueda de méritos y ventajas secundarias que nos pueda proporcionar la sociedad masónica.

Deberá enseñarles a elegir cuidadosamente a sus maestros. Si son de los que persiguen insaciablemente honores, satisfacciones narcisistas y demandas de atención o cualquier otra aspiración vulgar aunque ampliamente extendida, no podrá recibir la Luz.

Dicho esto, desde un punto de vista práctico, un conocimiento general de la francmasonería y el específico de su obediencia deberá permitir colocar los primeros puntos de referencia. Sus estatutos, reglamentos y constituciones deberán incluirse en el aprendizaje. Volver a los detalles de la ceremonia de iniciación puede darnos un método progresivo de descubrir sus enseñanzas. Desde esta óptica un método heurístico será siempre preferido a los cursos magistrales que arriesgan las relaciones vigilante-aprendiz.

La trilogía vitriol-luz-copa amarga debería ya plantear algunas cuestiones. Los viajes posteriores a la prueba de la tierra, la purificación por el soplo de aire, de los actos por el agua y de todo aquello que nos impide acceder a lo esencial mediante el fuego, podrán permitirle avanzar por el camino del cuestionamiento de manera segura. Nada de estudio apresurado, nada de “comeduras de coco” sino análisis atento del cuaderno de instrucción y la

búsqueda personal de contenidos simbólicos.

Cuando hablamos de la búsqueda personal, lo hacemos de la necesidad del trabajo solitario pero también de las respuestas particulares para cada uno (dentro de unos márgenes válidos, naturalmente), que solo pueden ayudarnos a vivir y a hacer algún progreso en cualquier grado en el que nos encontremos.

Acordémonos de la primera regla del Discurso del método: “No dar por sentado nada por verdadero mientras que no tengamos evidencias de ello” (Descartes).

Para cerrar el capítulo y siempre desde un punto de vista práctico el vigilante no omitirá señalar a los aprendices que si en alguna ocasión deben llamar a la puerta del templo una vez que los trabajos están iniciados, un golpe del otro lado les invitará a la paciencia.

El primer vigilante

El primer vigilante, recibe regularmente en herencia las piedras ya desbastadas. No son todas iguales y por tanto su herramienta es el nivel, símbolo de la igualdad.

La igualdad se encuentra en sus atenciones en primer lugar, puesto que las piedras tiene el mismo destino: formar parte de un conjunto armonioso que se llama Templo.

Conseguir la igualdad no es un asunto menor y por ello el vigilante debe apoyarse en un principio suficientemente probado: la igualdad antes que los derechos, la igualdad antes que los deberes.

El vigilante se preocupará de la progresión acompasada de los hermanos y hermanas, que nadie se sienta marginado y olvidado en el camino, incluso teniendo en cuenta que el tiempo masónico no es el mismo para todos. Que no sean siempre los mismos quienes deban llevar a cabo las tareas más pesadas, ágapes por ejemplo. De su vigilancia una vez más dependerá la armonía.

La llegada de un nuevo compañero puede ser la ocasión para visitar los fundamentos del edificio y de verificar si la construcción presenta un desarrollo futuro correcto. Entre las piedras que le son confiadas, algunas por su conocimiento serán mañana los fundamentos del edificio, otras por su fuerza asegurarán su elevación, otras aún ayudarán a su belleza y ese será su atractivo. Habrá siempre piedras duras, difíciles de emparejar, que necesitarán más dedicación para ser pulidas perfectamente y encontrar su lugar. Para algunas piedras frágiles deberán reservarse emplazamientos al abrigo de la intemperie, algunas presentarán obstáculos que obligarán a un serio cuestionamiento, algunas parecerán filosofales y otras carentes de un relieve que

habrá de revelárseles, nuestro primer vigilante no olvidará nunca que todas las piedras son ... preciosas.

Toda esta variedad no tiene más que una enseñanza: mostrar la unicidad y la belleza de la persona humana y la necesidad que tiene el primer vigilante de mostrar un “buen oficio” para tratar de insertar en el momento preciso la buena piedra... pulida.

No recibirá pago alguno por los esfuerzos realizados, aunque sí alguna satisfacción por su trabajo. Preparamos la sociedad masónica y profana de mañana, seamos o no conscientes de ello. Aventuremos la fórmula: el primer vigilante es un poco el “caza talentos” de la logia. Es su responsabilidad llevar al compañero hasta alcanzar la altura (el nivel) de maestro, pero también el detectar las predisposiciones de los futuros oficiales. Por esto será de una gran ayuda para el venerable maestro: cercano a los compañeros gracias a las reuniones de instrucción, deberá estar atento a las necesidades de la logia, pero también a las de los futuros oficiales.

Ayudar con delicadeza a un hermano no muy seguro a asumir el puesto de experto, sugerir a una hermana que se “lance al agua” cuando se encuentra manifiestamente preparada para trabajar eficazmente por el bien del taller.

Tras haber realizado otros oficios, el primer vigilante está destinado, en principio, a convertirse en venerable maestro en su momento. Debe, por tanto, aprovechar este tiempo para prepararse para las dificultades que habrá de superar, impregnarse con todos los acontecimientos que sucedan en la logia, esbozar las reformas que eventualmente deban efectuarse en la logia y evaluar a los hermanos y hermanas de cara a las atribuciones y responsabilidades futuras.

Nota práctica: sobre su mesa deberá estar dispuesto después de la instalación del templo el tronco de la viuda, de acuerdo con algunos rituales, para que cualquier masón obligado a abandonar la tenida pueda depositar su óbolo de solidaridad.

El venerable maestro

*La perfecta virtud huye de todo extremismo
queriendo que sea sabio con sobriedad.*

Molière, El misántropo 1-1

No existe realmente el venerable maestro. Existen los venerables maestros. El término venerable, aunque tenga una historia, en nuestros días indica no tanto una sabiduría trabajada como un fraternal respeto por aquel o aquella que acepta tratar de superarse en la función más exigente de todas en una logia azul.

La veneratura es la última prueba que nos revela, a nosotros primeros, y a los demás después. Servir a la masonería por medio del grupo, asumir el papel del director de orquesta, del arquitecto, es decir de quien dirige a los obreros, ser quien da un impulso para que el trabajo avance y quien realizará el recorrido de la obra cuando el sol se oculte para recuperar cualquier herramienta olvidada, quien tendrá la mirada puesta sobre todo y sobre todos y se expondrá en primera línea. Esta es la realidad del oficio.

Vamos a conocer nuestros límites, vamos a mostrárselos al taller, vamos a progresar en paciencia.

Digámoslo inmediatamente: quien acepta este puesto por vanidad, por una cuestión de ego, o simplemente para disfrutar, se encontrará muy pronto con dificultades. Este puesto necesita de la humildad, de saber escuchar, de espíritu de decisión. Muchas cosas.

El cargo es complejo, y contentarse con resolver los asuntos

corrientes durante un año, o reproducir simplemente lo hecho durante el año precedente, se mostrará rápidamente como algo insuficiente.

Representando para algunos simbólicamente al rey Salomón en su gran sabiduría, el venerable maestro es, en primer lugar, la persona que da la luz, el maestro del punto de vista iniciático, el principal responsable del trabajo masónico, además del responsable del buen gobierno administrativo y financiero de la logia.

Dar la luz, no es forzosamente sinónimo de omnisciencia. Su conocimiento masónico le permite iluminar a sus hermanos y hermanas en sus dudas, puesto que él ya ha avanzado sobre ese camino, su función es, sobre todo, la de propiciar la eclosión de la luz, su conservación y su proyección.

La verdadera luz, solar, radiante, se simboliza en nuestros templos por una frágil vela encendida sobre el ara del trabajo, sobre las columnas o sobre las mesas de las tres luces precisamente. Toda la energía contenida en esta llama, que puede abrasar el edificio entero, no resistirá la menor brisa en contra. La luz, el conocimiento, el acceso a los misterios son cuestiones sutiles y fugaces, que un único mal soplo, durante la tenida, disipará en el espacio.

Por tanto, la preservación y el cuidado meticuloso de esta energía concentrada, permitirá difundirla regularmente hasta encender todos los espíritus.

El venerable sabrá recordarnos constantemente nuestros deberes de guardianes de la luz.

El espíritu masónico debe inspirarle siempre, pues él se sienta debajo del delta.

Al igual que algunos edificios religiosos no se encuentran exactamente orientados al este, hacia el lugar de la salida del sol, sino que apuntan al eje equinoccial, sinónimo de la conducta moderada de la iglesia y de la igualdad del alma, el venerable

maestro debe llevar un espíritu de moderación a todos los niveles de su trabajo y mostrar en cualquier circunstancia un carácter de igualdad, es decir de la maestría que debe simbolizar más que cualquier otro.

Auténtico guardián del templo y de sus valores no podrá confundir amistad y privilegios, fraternidad y licencia.

Las herramientas le permitirán saber donde el edificio necesita ser reforzado, si cumple el objetivo para el que fue construido y cuáles son las perspectivas para su embellecimiento y ampliación. Cada tenida deberá ser un edificio construido, ordenado, nutrido con el trabajo, una catedral de luz auténticamente clarificadora para los miembros de la asamblea o que al menos suscite la chispa de la pregunta. Que cada masón vaya a su casa en paz, tras haber aprendido algo nuevo, habiendo participado en la obra, llevándose con él las cuestiones que le permitirán avanzar un paso. Que cada cual vuelva a sus obligaciones orgulloso de haber participado en la Obra.

De su magisterio depende la elevación (siempre lenta) del nivel de consciencia de cada uno, y todos deben beneficiarse, los primeros y los últimos, nadie debe quedar inmovilizado demasiado tiempo en la cantera, so pena de ralentizar toda la construcción.

En ocasiones la tentación de funcionar en «petit comité» es grande, pensando que es lo más eficaz y que «los otros» seguirán. Aunque esto pueda funcionar en un medio profano, administrativo o asociativo, no lo hará mucho tiempo en una logia. Es el medio ideal para distender los lazos creados por la construcción común, engendrar decepciones y alejar a los hermanos y hermanas del trabajo masónico.

Al no participar en el proyecto común se pierde la práctica, se olvida poco a poco el mantenimiento de las herramientas que son los símbolos, la técnica representada por el ritual y finalmente hasta la razón por la que estamos aquí. Las ausencias aumentan, la motivación disminuye y después resultará muy difícil volver a la logia.

Aunque sea importante alcanzar la meta, el espíritu iniciático nos pide que tratemos de «viajar en grupo» para conocernos, ayudándonos y haciendo de este viaje, para cada uno, una victoria sobre uno mismo y para el grupo una parte de vida masónica exitosa. El venerable maestro es en la logia el primer encargado de la progresión iniciática. Cada masón debe encontrar las condiciones más favorables para sus interrogantes y su posible evolución, el taller debe guardar durante un tiempo en su memoria todo acontecimiento feliz o triste ocurrido en la logia para profundizar en su significación.

«Aquí todo es símbolo» la meditación no viene más que de los símbolos.

Cada hermano o hermana en el taller es una piedra diferente a las otras, cada una tiene su propio ritmo, cada una puede verse retrasada por los azares de la vida. El venerable debe tener a todos presentes en espíritu por el bien de cada uno y la serenidad de todos.

No demostrar negligencia, por ejemplo, demorando sin razón un aumento de salario, demostrar discernimiento no proponiendo una responsabilidad que llegue demasiado pronto, preparar el futuro sabiendo quienes podrán ser sucesores y saber qué puesto confiarles hoy para su construcción personal que será mañana una experiencia muy útil.

A veces, un consejo permitirá a un masón realizar un balance sobre algo que le concierne, aunque sea de mala gana, o la lectura de un trabajo en logia por un hermano o hermana mudos durante demasiado tiempo.

No se debe olvidar jamás que la cadena de unión no tiene más resistencia que la del eslabón más débil. Por tanto este eslabón, una vez soldado a la cadena, deberá ser reforzado con prioridad. Es relativamente fácil para un venerable maestro llamar discretamente la atención de algunos sobre alguna dificultad que podría ser resuelta si se activa la cadena de unión solidaria.

La cadena de unión, final de la tenida y prolongación del égregor,

será la ocasión, tras las palabras habituales pronunciadas con verdadero sentido, para que algún comentario sobre la vida del taller, propicien la expresión de la fraternidad o la solidaridad y reafirmen aún más el vínculo.

Una tenida llevada a cabo felizmente es aquella en la que todos lamentamos que concluya, cuyos miembros lamenten separarse y partan con alegría, con una pregunta en su mente.

Las elecciones

Los oficios tienen una duración anual. El venerable programa una reunión electoral en el período habitual propuesto por su obediencia.

Es un momento de la vida masónica que puede ser muy sencillo si se procede a renovar el mandato del colegio en su integridad. Puede ser útil en ocasiones, por ejemplo en un taller cuyo encendido de luces sea reciente, y donde todos tienen necesidad de tomar sus puestos y de hecho instalar la logia. En ocasiones hay cambios y el venerable debe cuidar las propuestas que someterá a la logia con suficiente antelación para permitir la reflexión antes de resolver.

Si el venerable vuelve a presentarse y si ello no presenta problemas, podrá aprovechar para ajustar las piedras que a lo largo del año pudieran haber resultado más o menos afectadas, intercambiar los puestos o bien estimular la perseverancia. Es igualmente el momento de poner a trabajar a algún joven maestro, bien en una función directa, bien como adjunto, liberando a un maestro más antiguo que haya dedicado mucho de su tiempo a la logia, o a un miembro del taller del que se conozca que tenga problemas en su vida profana. Es también el momento de pedir a los oficiales «ir un poco más lejos» en su trabajo, puesto que ellos han podido durante un año tomar la medida a las dificultades de su trabajo y proponer las perspectivas para el trazado.

La cámara del medio podrá ser el lugar del intercambio y del consenso, pero a menudo, en su sabiduría, el venerable sabe que deberá empujar a unos y frenar a otros.

En una masonería ideal, algún día, la logia podría perfectamente designar a todos sus oficiales, sin candidatos, ni campañas,

ni candidaturas, sabiendo cada cual quien es el más apto para dirigir, instruir o, según la expresión habitual, encargarse del cepillo. Nuestra lucidez no nos impedirá desear tal nivel de responsabilidad, de consciencia y de fraternidad.

El venerable ha ejercido su función durante los tres años que es aconsejable no sobrepasar, y por tanto, no se presenta nuevamente. Aparecen al mismo tiempo, en el mejor de los casos, al menos dos o tres candidatos para dirigir la logia. De las opciones a las personas y de las personas a las simpatías y antipatías el camino se recorre rápido y el venerable maestro en cátedra deberá entonces, con diplomacia, poniendo el acento sobre la riqueza del taller, proceder a la elección de su sucesor en una primera fase, remitiendo a la próxima reunión la constitución del colegio.

Este período intermedio podría resultar útil para calmar los ánimos si fuera necesario, cicatrizar las heridas en el amor propio, las fracturas y volver a traer la serenidad, única garantía de futuro. Si el taller tiene número suficiente, alrededor de cuarenta miembros presentes de forma habitual, las diferentes opciones si se diesen, pueden abrir el camino a un fraccionamiento constructivo y fraternal.

Explorar otra vía más social, más esotérica u otras, no puede finalmente más que enriquecer a los hermanos y hermanas, crear una nueva dinámica allá donde el trabajo estaba siendo complicado, el número de tenidas es muy poco elástico. Esto, que debería ser la norma, es más bien la excepción.

En todo caso se trata de algo que debe ser sometido a nuestra reflexión.

Las reuniones de trabajo

Se hacen en la Cámara del medio, allí donde se diseñan los moldes, plantillas para tallar las piedras futuras. Es por lo tanto el lugar de la medida, donde cada uno se sitúa entre la escuadra y el compás, entre las leyes escritas de la construcción y las perspectivas ajustables de la cantera.

El lugar de la palabra, de la reflexión, la concentración de las energías para que la luz se produzca. Los maestros solucionan los problemas, determinan los ajustes y acuerdan las condiciones de los desarrollos futuros.

Es de gran importancia que los maestros respeten este espacio reservado y tengan la paciencia de esperar y de reencontrarse para exponer sus sentimientos sobre la conducta del taller.

Es mediodía en punto, es decir simbólicamente el momento sin sombra, no puede haber sombras entre los hermanos y las hermanas, sino un auténtico haz de luz.

Es el lugar de la franqueza, de la responsabilidad y respeto al otro, que es su propio hermano y su propia hermana. Todos unidos se aproximan a la verdad, pero ninguno posee más que un débil resplandor que debe unir al de sus homólogos para tratar de que la intensidad aumente.

Ninguno tiene completamente razón o está totalmente errado, cada uno aporta su sentir o su reflexión y no trata de imponer sus opciones. El corazón del espíritu masónico reside ahí: sembrar, sembrar, esperando que alguien vendrá para recoger los frutos. La progresión se hace lentamente, muy lentamente, a su propia velocidad y esto es lo que cuenta. Desde el punto de vista humano esto parecerá a veces ligeramente insuficiente, pero desde el punto de vista de la humanidad, qué velocidad! El hombre ha pasado en

algunas decenas de siglos de tribalismo y sus sacrificios humanos a la declaración universal de los derechos del hombre, por tanto no seamos impacientes, temamos simplemente detenernos.

La instrucción de los maestros

Dado que él es «uno entre pares» su calidad de venerable le impone la instrucción de los maestros. Haber sido elevado a la maestría no confiere el diploma de fin de estudios, sino más bien invita a retomar el oficio, porque el trabajo apenas está asentado, y si se nos permite un poco de humor, la época de la piedra pulida sólo es el neolítico.

Con el propósito de profundizar en esto, con o sin tema recurrente para todo el año, la programación regular de tercer grado deberá hacerse, si es posible, con el concurso de toda la logia aportando piedras, podemos preparar la reflexión regular de los maestros que beneficiará siempre al taller.

De hecho, a menudo se siente que todo va un poco de prisa y que un poco más de tiempo de maduración habría sido necesario. Esto tiene una importancia relativa a la vista de la tarea que nos espera, de los esfuerzos a dedicar a la obra, y de la duración de una vida masónica.

En efecto, paciencia y mucho tiempo nos serán útiles. Pues en esto es en lo que se resume pasar del nivel intelectual al nivel simbólico e iniciático. Comprendemos bastante bien el contenido teórico de las enseñanzas, debemos poder integrarlas, es decir vivirlas.

Para percibir de qué se habla, tomemos el ejemplo de una tableta de chocolate: desde una perspectiva intelectual y racional se puede conocer su forma, su color y también sus componentes químicos y sus proporciones. Todo esto no nos dará aquello que nos aporta la experiencia: el gusto! Entonces, hablemos menos en fraternidad, de amor a los semejantes y... probémoslo!

Mientras que nos contentemos con esta vida vegetativa y bastante

relajante, que es la vida únicamente intelectual, seremos incapaces de intentar la introspección que ya nos había sido propuesta en el gabinete de reflexión.

Si el masón puede trabajar con sus manos o con sus manos y su espíritu, según el camino recorrido, el masón realizado, trabaja con sus manos, su espíritu y su corazón.

La masonería es una escuela para despertar a esta perspectiva.

El venerable debe enseñar a los maestros el rigor, la solidaridad, el silencio.

El rigor en el trabajo, el rigor en las palabras, el rigor en los actos. Los maestros son observados, escuchados, imitados. Los maestros son los ejemplos. Los maestros diseñan los planos de la logia de mañana, modelo reducido de la sociedad profana futura, se den cuenta o no.

Donde nos encontremos tendremos una responsabilidad a asumir, un trabajo a realizar, una meta a alcanzar y un entusiasmo a demostrar. Nuestra libertad tiene este precio. «Cojamos sitio...».

El rigor en las palabras no significa ser incapaces de bromear o de sonreír, sino saber de qué se habla, con quién y delante de quién. Nos aproximamos a la verdad, entonces escuchemos, seamos comedidos, tolerantes, no abordemos asuntos que nos pida el corazón más que en el momento oportuno, cuando pueda ser entendido, y abstengámonos de consideraciones «entre amigos» que pueden ser mal comprendidas por oídos no adecuados.

El venerable maestro debe, igualmente, enseñar la paz entre masones, recordando que uno de los corolarios de la fraternidad deberá ser la defensa de un hermano o hermana y no malos pensamientos respecto a ellos.

Cumplamos nuestra obligación de caballeros sin excepción: «jamás atacaré a un hermano», con su consecuencia profana: jamás desarrollar una actitud agresiva dondequiera que esté.

A menudo se pueden constatar relaciones groseras en masonería, de hermanos o hermanas que manifiestan sentimientos de rencor, celos, en ocasiones incluso pueden ir más allá, en tanto que la única reacción permitida deberá ser la de preguntar, aportar un punto de vista diferente pero pacífico, o bien guardar silencio.

En fin, el rigor en los actos puede ser ilustrado por el: «te harán lo que tú hagas» de Plauto (siglo tercero antes de Cristo). Pongamos la consciencia (profesional) en lo que hagamos y si las obligaciones nos parecen excesivas, no perdamos de vista la perspectiva, no olvidemos que no es un simple individuo quien actúa y trabaja, es un iniciado.

Actuando así en conciencia en el mundo profano, teniendo las tinieblas a distancia, aparecerá el signo auténtico del masón. No somos ángeles, es cierto, pero cuantos problemas podremos evitar.

La masonería es el aprendizaje de la vida.

La solidaridad parece hablar de ella misma. Y esto no siempre es posible. Dado que la solidaridad colectiva se manifiesta sin mucha dificultad pues no compromete realmente al individuo, el auténtico masón no esperará por sus camaradas para manifestarse, pero estará feliz si constata que no se encuentra sólo a la puerta de quien necesita ayuda. Desgraciadamente, muy a menudo contará con poca ayuda.

El silencio del maestro hace referencia al camino iniciático. Es positivo, mayéutico y poderoso. ¿Aquel que nos interpela por sus actos sus palabras no ha tenido derecho a su tiempo de aprendizaje, nuestro silencio expresará la comprensión, la tolerancia o bien la compasión? ¿Recordará haber pasado por esta prueba, por este interrogatorio, y el tiempo que tuvimos para ir más lejos? La respuesta, si la encontramos, será personal y vivida, y por lo tanto, constructiva.

Enseñar no siempre es informar.

Los aumentos de salario

La ceremonia es siempre un momento lleno de emoción para la logia, el interrogatorio y el voto que le preceden es también un momento interesante.

El postulante ha realizado un trabajo al estilo de los obreros de la corporación con la esperanza de demostrar su preparación, demostrando también su capacidad y aptitud para embellecer el mundo o simplemente resultar útil a sus contemporáneos.

Se pide a cualquier demandante de aumento de salario unos conocimientos mínimos para el grado al que va a acceder, siendo serios y exigentes o simplemente constatando que lleva mucho tiempo en su columna, se halla en regla con el tesoro y ha tenido una asistencia suficiente y que debe ascender un escalón administrativo.

Para los principales responsables, que son el venerable maestro y los dos vigilantes es una cuestión de responsabilidad personal y de espíritu de medida.

Toda la transmisión del espíritu de una sociedad iniciática se juega en este momento: no se trata tanto de medir al candidato como la necesidad de buscar la ejemplaridad en los miembros del comité de recepción.

Los mensajes que enviamos y recibimos no siempre son verbales: una tradición de exigente medida invitará al esfuerzo y al respeto del trabajo, elevando con regularidad el nivel de la logia, la facilidad erigida en ley común conducirá lentamente pero con seguridad a la permisividad con el ritual, los valores, los principios, y como corolario a no respetarse a uno mismo, a los otros y a la pérdida del sentido.

Ciertamente, la palabra se habrá perdido.

El mantenimiento

El venerable maestro ha encontrado a un futuro obrero y se trata de un momento de gran importancia esta primera entrevista. Olvidemos el sustantivo «interrogatorio» y su derivado interrogar con demasiadas connotaciones impropias de la bondad masónica. El venerable maestro debe informar correctamente al solicitante acerca de sus futuras obligaciones y derechos con el fin de que éste decida con el mayor conocimiento posible acerca de la cuestión. Es el momento para mostrar una fina sensibilidad que le permita comprender una personalidad, en la medida de lo posible, identificar las cuestiones en las que deberán profundizar los hermanos y hermanas en las entrevistas y en ocasiones rechazar su solicitud de manera motivada y... muy diplomática si se percibe un error claro de orientación, y no, como ocurre en muchas ocasiones, descargar su responsabilidad sobre el taller dejando continuar un proceso hasta su término cuando ya se conoce de antemano.

En efecto la masonería no se puede confundir con un sindicato, un intercambio de negocios, una ONG o un grupo de ayuda psicológica.

La seriedad de este primer contacto y su resultado, en ocasiones negativo, permite un ahorro de tiempo y previene futuros inconvenientes. El venerable puede tener dudas y, si fuese necesario, propondrá otros contactos más o menos espaciados, dejando algunas cuestiones en suspenso, que podrá aparecer como la solución para una toma de conciencia de parte del profano o bien la confirmación o no de la primera impresión.

No hay prisa. Un pequeño retraso no tendrá importancia si se comparan con la larga vida de la masonería. Una precipitación

será desastrosa si termina en un malestar o peor, en una rápida dimisión por incompatibilidad o incompreensión. Todos habremos perdido.

Los hermanos y hermanas a cargo de las entrevistas no deben elegirse al azar ni ser siempre los habituales.

Cada uno, más o menos preparado, deberá de cuando en cuando dejar esta responsabilidad con el fin de que más hermanos o hermanas puedan vivir esta experiencia irremplazable en una vida masónica.

Es fundamental programar correctamente el desarrollo de las operaciones desde el primer correo hasta la notificación a la federación. Documentos que reunir, tomas en consideración, solicitudes de autorización, entrevistas, adquisición de decoraciones, órdenes del día, todo debe estar previsto con el fin de evitar retrasos, incluso con los informes. En lo que concierne a las entrevistas, es obligatorio realizar la segunda tras haber tenido conocimiento de la primera y de las cuestiones que de ella se puedan derivar. Igualmente para la tercera. Los tiempos deben estudiarse cuidadosamente, se puede, en ocasiones, lanzar rápidamente el proceso en el plano administrativo con el fin de ganar tiempo para lo más importante: aquellas cuestiones que realmente deben ocupar todo el tiempo útil.

La primera entrevista pueda ser la ocasión para que un joven maestro pueda iniciarse en este trabajo, le hará conocer la dificultad del ejercicio, habrá que darle algunos consejos preparatorios, explicarle el espíritu general de su tarea, sensibilizarle acerca del hecho de que muchas veces el más emocionado de los dos es el propio candidato y que deberá echar mano de todas sus cualidades humanas para tener éxito. Esta primera entrevista puede ser igualmente un medio para integrar a un recién afiliado que podrá, de esta manera, sentirse plenamente aceptado en el taller.

El reclutamiento es una de las mayores responsabilidades del venerable maestro. Este camino que hemos elegido iniciar

tiene épocas que nos aporta momentos felices o razones para interrogarnos, lo que siempre es positivo, compartámoslos con los seres libres que nos aportarán su luz, pueden ser diferentes, estar desfasados, pero eminentemente necesarios para nuestro progreso. No buscamos clones, buscamos personas auténticas, sinceras capaces de realizar una ascensión en ocasiones en solitario por el otro lado de la pirámide y felices de compartir el camino.

El resplandor de la luz, el porvenir del taller y más allá el de la obediencia, dependen de la llegada de nuevos masones, que ocupen de forma progresiva los lugares de hermanos y hermanas que los rigores de la edad alejan despacio pero inefablemente de las columnas, de quienes se hallan fuera del oriente por razones profesionales o, en fin, aquellos que se encuentran provisionalmente en dificultades por los avatares de la vida.

En las obediencias no mixtas el venerable pondrá atención a la edad, a los orígenes y posición social, a las profesiones que deberán ser lo más variados posibles.

En las obediencias mixtas se procurará que exista una paridad aproximada, garantía de una adecuación más fuerte con la sociedad y sus problemas. Nosotros buscamos la verdad, no lo olvidemos.

Multiplicar los puntos de vista no puede más que ayudarnos.

El reclutamiento, casualidad y necesidad

La Franc-masonería nos aporta alegrías, interrogantes en ocasiones importantes, también momentos de verdadera felicidad. También progreso y apertura de espíritu, así debe ser. También amigos, que sin duda no habríamos encontrado jamás como escribía el pastor Anderson en sus landmarks del siglo XVIII

¿Entonces, por qué no pensar en esa persona con la que trabajamos después de tanto tiempo y a quien apreciamos, ese vecino, ese amigo a quien echaremos de menos si llega desaparecer de entre nosotros ?

No existe momento inapropiado, no seamos tímidos, no tengamos aprensión o temor al rechazo.

De la necesidad de compartir, de la alegría de ofrecer, de la fraternidad vivida. Abramos los ojos, puede que sea el momento de llevar a cabo un acto de amor en nuestro entorno.

Somos portadores de la luz, no lo olvidemos nunca.

No temamos al rechazo, si llega, será la ocasión de un diálogo íntimo y la expresión de la confianza demostrada o reforzada. Sólo podemos ganar.

En fin la obediencia, sea cual sea su ideario no puede perdurar si los eslabones que se pierden no se reemplazan, si los obreros no son suficientes y si la luz no entra lo bastante en un templo que ha cerrado sus ventanas tanto en un sentido real como figurado. La propagación de la luz necesita la multiplicación de los focos. Todo reclutamiento lleva en sí mismo una parte no despreciable de incertidumbre.

Cualquiera nueva incorporación va a modificar la composición de la logia, esta deberá comprobar si realmente se encuentra en las mejores condiciones para abrirse a un nuevo aprendiz.

Puede ser que constatemos con seguridad importantes diferencias entre la atención dedicada a un profano que impide su entrada en el templo y la falta de atención que también con seguridad dediquemos a un aprendiz recientemente aceptado. La integración de este no es cuestión que compete sólo al segundo vigilante y por lo que es muy importante que el taller tome plena conciencia que se está enriqueciendo con un nuevo eslabón. El venerable maestro asegurará las mejores condiciones en torno al nuevo adepto pues esta piedra está colocada al norte, a su misma derecha y donde se planteaba la primera piedra de un nuevo edificio. Con un nuevo miembro, aprendiz o afiliado, la logia se transforma, desde este momento se inicia la construcción de un nuevo templo. La perspectiva no cambia, sólo evoluciona el trabajo que deberá volverse más productivo.

Estas nuevas condiciones de trabajo pueden permitir poner a punto el funcionamiento del taller, prestando atención a la calidad, los procesos de aprendizaje, el compromiso con el padrino y la conciencia de la responsabilidad moral del taller. No es suficiente ser aceptado para integrarse, deberán tejerse muchos hilos para que un aprendiz se sienta parte integrante de la logia. Aquí también la justa medida permitirá que no sean ni mucho ni demasiado poco.

La despedida a un miembro de la logia

La cadena se ha roto, y en ocasiones, el último momento de fraternidad, aquel que ha sentido que para él ha llegado la medianoche ofrecerá su mandil a un hermano (o una hermana) próximo, a fin de que este continúe simbólicamente el trabajo con su apoyo moral más allá de la vida. Éste acto tiene valor del testamento. «El amor es más fuerte que la muerte».

No olvidemos al masón que parte a la Gran Logia Eterna, su recuerdo nos será de ayuda para continuar el trabajo.

Se trata siempre de un momento delicado, lleno de una infinita tristeza. El venerable debe reunir la logia alrededor del ataúd en una última cadena de unión que debe quedar en los corazones todos.

Se rendirá homenaje a quien tuvo un puesto en la logia y la ceremonia será completa si es seguida de una iniciación en la que un nuevo eslabón será unido a la cadena en el mismo lugar en el que se había roto el viejo eslabón. Es éste uno de los más bellos símbolos que nos propone la Francmasonería.

El secretario o el archivista guardará la memoria y el pensamiento del masón desaparecido. Estará siempre vivo y entre nosotros por el pensamiento. Nuestras conversaciones tomarán simplemente otra forma. El ha sembrado, otros recogerán, el tiempo de la germinación y el momento de la cosecha no tendrán importancia.

Relaciones con las logias

El venerable maestro, ni que decir tiene, es el primer embajador de su taller en el exterior. Durante sus viajes, llevará la fraternidad de los hermanos y hermanas que trabajan con él, así como las luces de su experiencia, siempre dispensadas con mesura y buen propósito. Se beneficiará de lo vivido en la logia que le recibe y repercutirá estos beneficios a los miembros de su taller que podrán de esta manera ampliar el círculo de sus conocidos, en todos los sentidos del término y para beneficio de todos.

Puede ser razonable no hacer viajar demasiado a los aprendices que ya viven sus propios trabajos de descubrimiento, es conveniente realizar las visitas «acompañados» de compañeros que podrán de este modo dar un paso por cuenta propia que les permitirá adquirir otro punto de vista, cosa siempre apreciable tanto en masonería como en cualquier lugar.

No hablaremos de los maestros en este asunto, puesto que ellos conocen la importancia de la circulación de la palabra y deben sacar propias conclusiones tanto en la logia como en el mundo profano.

Las visitas a otras obediencias nos enriquecerán con las diferencias, poniendo por encima de todo la fraternidad, lejos de todo proselitismo, no predicamos, aunque realicemos una reflexión personal en un contexto comunitario. No olvidemos que los otros nos tienden espejos en los que mirarnos aunque debemos salir confortados de esta prueba.

Los maestros que le acompañen y por la calidad de sus intervenciones darán a sus anfitriones motivo para devolver la visita. La palabra circula, la fraternidad reina, las personas se acercan. Se podrán comparar los rituales, las costumbres

y constatar la variedad de las herramientas puestas a nuestra disposición para trabajar. Las tenidas comunes en la misma obediencia podrán reunir a talleres en ocasiones alejados, sostener una logia nueva o una que esté momentáneamente en dificultades y porque no, reunir de tiempo en tiempo talleres que compartan los mismos días de tenida.

Con las obediencias amigas esto permitirá un mejor conocimiento de la masonería en general y cada uno podrá hacer sus propios descubrimientos.

En fin, si son extranjeros, las visitas regulares no pueden más que ser propicias al desarrollo masónico, a la apertura del espíritu así como al olvido de las fronteras. Es lo que propone el ritual del rito escocés antiguo y aceptado cuando:

«Que la sabiduría presida la construcción de nuestro edificio» se transforma al fin de la realidad en... “que la paz reine sobre la tierra».

Los ausentes

Los hermanos y hermanas que habitualmente nos aportan su luz y participan en la obra común, han faltado al trabajo una noche o más. En ocasiones, sin avisar, aunque sean oficiales, a veces, sin excusas ni óbolos, como propone el buen hacer masónico.

Los ausentes, comienzan a faltar y enseguida la luz disminuye. Pueden ser las circunstancias o la vida quienes nos alejen de nuestros amigos, cada caso es particular con motivos particulares. Un telefonazo al día siguiente llevará al ausente la preocupación de sus hermanos y hermanas e informará al venerable maestro sobre la conducta a seguir.

¿Esta ausencia podrá ser excepcional, lo que no tendrá consecuencias o puede ser la manifestación de un problema que, tomado en consideración inmediatamente, podrá ser solucionado de forma rápida?

En cualquier caso, que un hermano o una hermana no tome la precaución de prevenir de su ausencia a trabajos, salvo casos de fuerza mayor, augura mal presagio para el progreso de la humanidad y debe de ser propuesto a la reflexión personal.

La columna de armonía

Con la columna de armonía abrimos el capítulo de los servicios que no son esenciales para la apertura de los trabajos, pero que tienen su importancia, y que no deben ser olvidados.

La columna sonora del mundo profano se ha convertido en columna de armonía en un espacio sagrado. De la misma manera que los músicos se preocupan de afinar sus instrumentos, nos invita, de igual modo, a hacer lo mismo, con nosotros, con nuestros hermanos y hermanas así como con toda la humanidad. Incluso, el conjunto de sus sinónimos nos arrulla en la armonía. Comunión, concierto, concordia, entendimiento, fraternidad, inteligencia, paz, simpatía, unión.

Es la tercera columna de la logia, por lo tanto preside la armonía en el taller, que es tanto como decir la sensibilidad, la cultura y el sentido de la convivencia que ello implica. Su papel, por tanto, es esencial en las ceremonias, que deseamos sean animadas, mediante piezas seleccionadas, no siempre clásicas, a poder ser al gusto de los neófitos, ilustrando perfectamente el espíritu masónico, interpretadas en el momento oportuno, que pueden también constituir un recuerdo de ese día realizado en soporte digital.

Permite un momento de recogimiento y ayuda a olvidar los metales antes de comenzar los trabajos, puede crear un espacio propicio a la reflexión durante algunos momentos de silencio, aportar también un toque de humor y distender la atmósfera en los momentos tensos ya que se le supone la capacidad de calmar los ánimos.

Asegurarse de que un aprendiz o un compañero no permanezca allí demasiado tiempo y tener siempre dispuesto un segundo

masón listo para hacerla funcionar en caso de ausencia.

Puede desarrollar una aptitud, despertar una sensibilidad e ilustrar el reparto.

El maestro de banquetes

*P*rover el reparto del pan, he aquí una función simbólicamente interesante, no solamente para los compañeros. Preparar los alimentos para el cuerpo, tras los del espíritu, para sus hermanos y hermanas, es vivir realmente la fraternidad.

Lo puede hacer uno, o varios, por turnos, puede ser la ocasión de descubrir a un hermano o una hermana, ayudarse unos a otros fácilmente, y siempre crear enlaces en el taller.

En algunas logias es el venerable quien se toma como un placer el servir, pero más allá del símbolo debe tener la ayuda inmediata de sus hermanos y hermanas.

En otros, son los aprendices quienes realizan el trabajo. Hay que asegurarse de que el servicio no se convierta en novatada, ya que los ágapes son el único momento de la reunión en el que los aprendices pueden preguntar a un miembro de la logia, conocer a otros, en un ambiente en principio informal.

El bibliotecario

Voltaire decía: «no hay mejor amigo que un libro», y este amigo elegido por los masones más avanzados en el camino, que satisfacción nos produce cuando lo encontramos a nuestra disposición, bien visible, en pasos perdidos. Es inútil distraerse sobre esta evidencia y esta necesidad.

Es preferible encargar a un maestro experimentado, con aptitudes para aconsejar y dirigir. Deberá asegurarse de la devolución de los libros prestados y de la renovación (adquisición) de las obras propuestas.

En algunos casos el bibliotecario es también el archivero. Reúne en este caso todos los documentos de la logia y se convierte en mantenedor de la memoria del taller.

Recoge los rituales, los balances del tesorero y del hospitalario, circulares de la obediencia, planchas y otros documentos y su agrupación en un único tomo es un ejercicio delicado que exige una presencia continua y un gran sentido de la clasificación y de la discreción. Las obligaciones de su cargo hacen de él un eslabón prácticamente irremplazable las noches de tenida.

El club de los ancianos

Los años han pasado y muchos miembros del taller han asumido las más pesadas cargas, como la de venerable maestro. Se trata de un pequeño club de oficiales que decora hoy las columnas e interviene de vez en cuando, normalmente con toques de sabiduría.

El actual venerable maestro podrá inspirarse en quienes le rodean, puesto que ellos representan la historia de la logia así como una experiencia real de la que no se debe privar. Manteniendo toda la libertad de acción, una comida en común puede ser la ocasión para un intercambio de ideas sobre uno u otro asunto, que no puede más que beneficiar a todos.

Algunas obediencias reconocen al pasado maestro que generalmente se sienta al oriente.

Su presencia al lado del nuevo venerable maestro debe ser apreciada en su justa medida: ayudar de forma discreta al nuevo presidente a fin de que el relevo se produzca suavemente puede fácilmente admitirse para el primer año, guarda templo honoris causa más allá de este año, sería más discutible.

Existe en ocasiones un venerable maestro de honor, con el collar adecuado, sentado al oriente ad vitam, cerca del venerable maestro en cátedra.

Únicamente masones a la búsqueda de honores se pueden imaginar en este puesto, contrario a las auténticas enseñanzas iniciáticas, aunque parecen ser muchos los hermanos que lo necesitan.

Su collar ricamente bordado hace realmente mucho bien a su ego, algunos incluso ven en él poder, una influencia vanidosa que nadie se atreve a mostrar, y que nos aleja con toda seguridad

del valor cardinal que es la humildad, única vía segura hacia el progreso.

La única recompensa que podemos ambicionar en masonería es la satisfacción (modesta) de nuestra consciencia a la vista del trabajo realizado (también modesto), no hay más. Aparte de las medallas (metálicas), la antigüedad en las columnas no es garantía de ningún progreso en el camino iniciático. Terminarán siendo testigos embarazosos: ¡tantos años de masonería para tan pobres resultados!

Los maestros itinerantes

Se trata de maestros con una característica particular ya que vienen a sustituir a los elegidos para un puesto de oficial cuando algún motivo impide su asistencia. Deberán realizar su trabajo de la mejor manera posible.

Según la tradición masónica el gran experto será reemplazado por su adjunto, el segundo vigilante por el gran experto, mientras que el primer vigilante lo es por el segundo. El venerable maestro ausente, lo que se procurará que suceda las menos veces posibles, será sustituido por el primer vigilante que dirigirá la logia durante esa sesión, cualquier acto de transmisión iniciática como iniciaciones o aumentos de salario están reservadas al venerable maestro instalado, único poseedor del poder iniciático. Desde una perspectiva positiva: el primer vigilante podrá asegurarse en aquella circunstancia, que no tratará de traspasar su umbral de competencia postulándose al puesto supremo en las próximas elecciones.

El venerable maestro nominará a un maestro suplente para cubrir una ausencia. Puede ser interesante no seguir la tradición, en interés de la logia o de sus miembros y aprovechar la ocasión para permitir que un joven maestro descubra la logia desde un nuevo punto de vista; puede ser un buen momento para responsabilizar durante una tenida a un hermano o una hermana necesitados de reforzar la confianza en si mismos, igualmente puede servir para que un maestro descubra la dificultad de un cargo más evidente que cuando se está en la columna. Es en fin, en ausencia del titular, la seguridad del venerable maestro la que podrá elegir a un orador, por ejemplo, que conozca bien el oficio para una tenida especial.

Los ágapes

Se trata realmente de un momento clave.

Ágape en griego significa amor y el latín eclesiástico nos lo ha transmitido para designar la comida en común de los primeros cristianos.

Comunidad perseguida, reunidos sencillamente alrededor del pan y del vino, se compartían algunos pescados en una comunión espiritual intensa.

Los masones sufren, por supuesto, con la comparación, más que nada por su valor mítico.

Fuera del templo, los masones no se encuentran en el espacio sagrado de la logia, todavía no han vuelto al mundo profano, se encuentran en un espacio intermedio.

Llevando al exterior las luces adquiridas en el interior, atravesamos este espacio y en ocasiones dejamos todos nuestros bellos principios. Nuestros atavismos, nuestros hábitos, nuestros viejos reflejos resisten. Se defienden y no se les puede culpar puesto que saben que casi siempre al final ganarán la partida. Tenemos una excusa, porque se supone que hemos hecho esfuerzos importantes sobre nosotros mismos en las dos horas anteriores y un pequeño descanso es muy necesario y legítimo.

Preservemos este factor humano que permite distraerse un poco tras una ceremonia emotiva o una plancha que nos ha obligado a elevar nuestro nivel de consciencia, aunque debemos hacerlo siempre de forma moderada. Nos encontramos en una situación ideal para poner en práctica algunos valores sencillos: la ayuda mutua, la cortesía, el humor, la auténtica fraternidad, alegría. No nos privemos de nada, nos encontramos en un espacio, en principio, cerrado y a cubierto y nos encontramos entre hermanos

y hermanas. Más tarde, de regreso al mundo profano, el ejercicio se volverá mucho más delicado, no estaremos protegidos.

Prestemos atención a lo que sigue. Los ágapes son la continuidad de la tenida y resulta lamentable la ausencia en algo que deberíamos compartir. Vayamos un poco más allá de la razón invocada con pudor, hablando en general, a menudo olvidada, amar a un hermano es también preocuparse por él.

En el exterior del templo, ningunos decorados, ningún orden y falta de referencias. Es la auténtica prueba. Nosotros somos realmente quienes somos.

¿Hemos interiorizado algunas cosas, estamos en condiciones de ponerlas en práctica? ¿Sabremos orientarnos o estamos aún a algunos pasos de la salida, incluso durante largo tiempo aunque nuestros hermanos y hermanas vengan de cuando en cuando a cambiar nuestros collares?

Si hubiere lugar, los ágapes pueden hacerse en un restaurante, entre personas que percibirán sin duda el placer de los valores esenciales que son la fraternidad o la solidaridad, pretendiendo ser la luz del mundo siendo servidos y guardando su reserva. “La masonería está abierta a muchos, dice Oswald Wirth, pero la sabiduría es accesible a unos pocos, esto debe ser entendido y aceptado”.

Existen dos desviaciones en masonería, los turistas que desean viajar siempre en primera clase, los diletantes aficionados al teatro y las conferencias floridas. Ninguno aporta piedra alguna al edificio en esta noche pero le dirán “que ellos han ganado su salario” por más que el salario sea siempre la contrapartida de un trabajo!

Eran profanos, siguen siéndolo, se quedan con el brillo y olvidan el conocimiento.

Se han hecho un día el regalo de la masonería, se han quedado con el embalaje tan práctico exteriormente y el cordón tan práctico dentro. Lloremos.

Los proyectos

No hay construcción sin planos y perspectivas, no hay progreso y dinamismo sin deseos movilizadores.

En masonería, habituarse a trabajar sin ningún tipo de proyectos conducirá seguramente a la desmovilización, al estancamiento, a la desertización de la obra. Hay que preocuparse de no alejar el trabajo en común, evitando la trampa de la masonología, así como el folclore por el folclore. Debemos saber por qué se está allí, o recordarlo y siempre «cargar la máquina».

He aquí algunas ideas simples que pueden unir a los miembros de alrededor de un proyecto y crear un centro de unión:

Trabajos muy regulares en el segundo y tercer grado con toda la logia y tenidas comunes con otro taller en estos grados.

Tenida solsticial en un entorno imprevisto propicio a hacernos reconocer la belleza de las cosas y renovar el espacio habitual.

Estudio de un ritual muy antiguo, comparaciones y evoluciones.

Tenida con columna de armonía en vivo, iluminando las luces como en el siglo XVIII.

Reuniones anuales con planchas temáticas que ilustren el título y las preferencias de la logia (filosóficas, sociales, científicas, etc.).

Los talleres que utilizan títulos distintivos como Galileo, Garibaldi o Descartes por ejemplo, pueden suscitar reuniones sobre los problemas de la ciencia, del humanismo o la mezcla de todos ellos.

Acercamiento con otro taller de la obediencia o de una obediencia amiga.

Hermanamiento con una logia nacional o extranjera, intercambio de trabajos estudió de eventuales, encuentros y reconocimientos.

Estudio durante todo el año de un tema concreto alrededor del

cual girarán una buena parte de las planchas con el fin de agotar el asunto en la medida de lo posible (los caminos del conocimiento, la libertad, el siglo de las luces, la felicidad, la lista es infinita).

Reconstrucciones históricas de iniciaciones de personajes célebres: Mozart, Voltaire, Goethe, Lafayette, y para las logias mixtas María Deraismes primera mujer en recibir la iniciación y cofundadora de la orden masónica mixta internacional Le Droit Humain (1893).

Viajes iniciáticos a lugares cargados de espiritualidad (Vézelay, catedral de Estrasburgo y su logia siempre operativa...).

Proyecto humanitario o solidario dirigido por el taller.

Todos los proyectos y reuniones periódicas programadas o el tema elegido adecuado para formar, despertar o elevar el conocimiento, permitirán mantener encendida la luz del conocimiento, la fraternidad y las ganas de compartir.

Una obra bien dirigida

El fin ideal y provisional de la ventura para el actual colegio de oficiales es cuando la meta fijada ha sido cumplida, incluso sobrepasada. Aun cuando se haya fallado será preciso debatir y compartir para que sea asumida por todos.

Todo el mundo por supuesto ha tenido su trabajo, oficial u oficioso.

Los mayores han estructurado (discretamente) el conjunto dejando a la flor expandirse y pasando progresivamente al retiro, los maestros experimentados han probado su asiduidad y la perseverancia en el trabajo no desatendiendo sus responsabilidades, los compañeros han aportado buena voluntad y los aprendices su deseo de aprender. Todo el mundo ha podido comprobar que el trabajo ha progresado. Los nuevos han adquirido más confianza en ellos y han subido a fuerza de seriedad y de trabajo a una altura mayor, las columnas se cubren con regularidad y las sonrisas aparecen sobre las caras, expresión de ganas de trabajar y de reunirse en conjunto. El égregor.

Se ha podido llegar a la meta marcada, elevando de esta manera el nivel de trabajo del taller así como niveles de conciencia de cada uno, por el bien de todos.

¿Vamos a dormir sobre los laureles, vamos a sacralizar este momento de perfección relativa y depositar una piedra miliar al borde del camino con el fin de que sirva de referencia al taller para el futuro?

¿Vamos a trenzar coronas de laurel para los principales responsables de este buen resultado?

Será vano creer que todo esto va a durar. Para llegar al puerto será necesaria mucha voluntad convergente, que la disponibilidad

de cada uno no sea traba y que ningún acontecimiento aporte confusión y dificultad. Hay que tener la sabiduría de disfrutar de este momento mágico y prepararse lentamente porque esto puede no durar, sin añoranzas, sin dolor puesto que la vida es movimiento.

Será igualmente una lástima creer que no se puede ir más lejos, más alto, o en otra dirección con la misma felicidad. Hay que tener la sabiduría de reconocer que por lejos que nosotros pensemos llegar, queda aún un largo camino y que nuevas “américas” nos esperan.

Nuevos viajes se preparan, nuevos orientes nos esperan, nuevos horizontes se dibuja.

Habrán nuevas dificultades.

Construir era nuestro proyecto inicial, ampliar, embellecer, mejorar sin cesar y poder también reconstruir de tiempo en tiempo será nuestro destino.

Es por esto que debemos, manteniendo los ojos fijos sobre la línea del horizonte, prestar una mayor atención a «viajar juntos», puesto que la masonería, como la vida, es avanzar siempre aquí y ahora.

La evaluación de la obra

La realidad es menos ideal que lo descrito hasta ahora. Permite el progreso más fácilmente y paraliza menos a los candidatos.

Armémonos de nuestra escuadra y verifiquemos punto por punto la verticalidad de la construcción. Evaluemos el trabajo. Miremos el progreso. Sin esta verificación regular, los pequeños errores del inicio de la obra pasarán seguramente desapercibidos y será necesario esperar la llegada de graves dificultades para advertirlos. Esto ocurre también en la mayoría de los casos, en el microcosmos masónico y en el macrocosmos profano.

¿El terreno sobre el cual nosotros habíamos previsto trabajar está dispuesto a recibir una construcción digna de este nombre, o bien hemos pasado todo el año jugando a los Geómetras agrimensores?

¿Son suficientes los obreros que hay en la obra o su búsqueda y selección han ocupado una parte importante de nuestro tiempo?

¿Los obreros han recibido la formación necesaria para trabajar correctamente y con toda seguridad o ha sido necesario dedicar mucho tiempo a revisar las bases de la construcción y suplir las insuficiencias o las malas elecciones?

¿La unidad del equipo ha sido completa desde el principio o hemos pasado días y días en compañía de llana para eliminar las dificultades y alisar los egos?

¿El arquitecto trazó sus planos, y estaban perfectamente claros y precisos para avanzar rápidamente?

¿Dedicamos demasiado tiempo a elegir una arquitectura que satisficiera a la mayoría, y luego dibujar las perspectivas?

Todos estos interrogantes sólo señalan problemas pero nos muestran la ruta de las soluciones a implementar de forma conjunta.

Esto es construir, esto es crear.

No olvidemos nunca que quien nos roza en la cadena de unión es un masón con quién podemos contar para ayudarnos.

Epílogo

*Si resuelves tus problemas,
el problema del mundo esta resuelto.*

Henri de Montherlant

Hemos abordado este año sin duda de manera humilde y emocionados, persuadidos de que estamos a punto de acabar un ejercicio difícil. En efecto, hemos realizado un camino ascendente por nosotros mismos en primer lugar, por el taller en segundo lugar y en tercer lugar por la masonería y para tenernos allá.

La alegría sincera de haber cumplido una etapa la debemos a nuestro trabajo y a nuestra dedicación. Nuestra humildad nos ha permitido dejar espacio a nuevos conocimientos, nuestra emoción en tanto que signo de respeto ante las dificultades de la tarea a acometer, el mejor medio de asegurar la comprensión y el resultado.

Nuestra perseverancia para hacerlo bien (y hacer el bien), nuestra constancia en el esfuerzo por nivelar, nuestra aplicación trabajando sobre nosotros mismos en general ha generado una suerte de bienestar propio de quien progresa y alcanza la meta.

Tomémonos el tiempo de paladear este momento puesto que nos hemos enriquecido. Otras riquezas idénticas nos esperan tras el trabajo, el oficio, el compromiso, el encuentro.

No vacilemos en acumular esta riquezas, no existe ningún límite a su posesión, no debemos jamás inventar estratagemas para protegerlas, ya que nos acompañarán en todos nuestros viajes.

Estarán siempre disponibles para una fina comprensión de la vida y de quienes pueblan este planeta y que llamamos hermanos

y hermanas. Ellos serán el inagotable tesoro del que tomaremos beneficios que podremos repartir a nuestro alrededor.

Aquí reside la auténtica riqueza que crece.

Los beneficios que repartimos en derredor, nos permitirán alcanzar la verdadera luz, no aquella de la vanidad profana sino la del auténtico iniciado, suave, bien hecho, sereno, eterno, y aunque no podamos tocar la llama habremos completado una buena parte del camino hasta los confines de la humanidad.

Escrito en Bussana Vecchia (Italia) MMVI

Índice

Prologo	7
Preámbulo	11
Introducción	13
Estado de la cuestión	17
Una sociedad iniciática	18
El camino iniciático	21
La pérdida del sentido	24
El gran deseo	26
El espacio y el tiempo	28
La logia : espacio sagrado	29
El templo espacio de reflexión	31
Los pilares del templo	33
El pavimento	35
El tiempo	37
La instalación del colegio	39
El colegio: un equipo	42
El oficial	43
El individualismo	45
Nociones preliminares	47
La instalación de una comunidad	49
Herramientas y otros accesorios	52
¿Qué interpretamos?	65
Las bases del trabajo	66
El marco del trabajo del colegio	68
Los objetivos del trabajo del colegio	75
La logia	77
Las dificultades del trabajo	79
El guarda templo	81
El maestro de ceremonias	85

El tesorero	90
El hospitalario	93
Los expertos	95
El gran experto	97
El secretario	99
El orador	101
Los vigilantes	104
El segundo vigilante	106
El primer vigilante	111
El venerable maestro	113
Las elecciones	118
Las reuniones de trabajo	120
La instrucción de los maestros	122
Los aumentos de salario	125
El mantenimiento	126
El reclutamiento	129
La despedida a un miembro	131
Relaciones con las logias	132
Los ausentes	134
La columna de armonía	135
El maestro de banquetes	137
El bibliotecario	138
El club de los ancianos	139
Los maestros itinerantes	141
Los ágapes	142
Los proyectos	144
Una obra bien dirigida	146
La evaluación de la obra	148
Epílogo	151

Del mismo autor

FRANC-MAÇONNERIE, *Le Voyage Intérieur*
PISE, *Les portes de l'Initiation*
OUTIL & ARTS LIBÉRAUX, *Mode d'emploi*

©Éditions de Midi
www.editionsdemidi.fr

Bibliografia

- ▲ Les initiés et les rites initiatiques en Egypte ancienne
Max Guilmot 1997 - Robert Laffont

- ▲ L'esprit de Gœthe
Rudolf Steiner - PUF

- ▲ Apprendre à apprendre
Idris Shah - Le courrier du livre

- ▲ Les bâtisseurs de cathédrales
Jean Gimpel - Seuil

- ▲ Aspects ignorés de la religion grecque
Georges Méautis

- ▲ La lumière sur le sentier
Mabel Collins - Adyar-Paris

- ▲ Initiation philosophique
Emile Faguet - Hachette

- ▲ Crépuscules
Han Ryner - Albert Messein

Printed by PUBLIDISA
Impreso en España

Depósito Legal AS-193-2012